

La Ilustración Artística



AÑO XXI

← BARCELONA 28 DE ABRIL DE 1902 →

NÚM. 1.061

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ROSITA, cuadro de Juan Brull



SUMARIO

Texto.— *Crónica de teatros*, por Eusebio Blasco. — *Pensamientos*. — *El hijo del héroe*, por Jorge de Esparbes. — *República Argentina*. Buenos Aires. *Empresa de navegación fluvial de D. Nicolás Mihanovich*, por Justo Solsona. — *Flaco servicio*, por Carlos Ossorio y Gallardo. — *El Observatorio Fabra*. — *Nuestros grabados*. — *Noticias de teatros*. — *Problema de ajedrez*. — *La dote de Pascualina*, novela ilustrada (continuación). — *Aerostato dirigible*. Proyecto de D. Miguel Escuder (hijo). — *Una nueva fuente de energía*. *El calor terrestre*. — *El fin parcial del mundo*. — *El diamante Hope*. — *Acción terapéutica de la luz azul*.

Grabados.— *Rosita*, cuadro de Juan Brull. — Dibujos de H. Delaspré que ilustran el artículo *El hijo del héroe*. — Buenos Aires. *Empresa de navegación fluvial de D. Nicolás Mihanovich*. — *Retrato de D. Nicolás Mihanovich*. — *Guadalcanal*. Calle de la Morería, cuadro de José Pinelo. — Barcelona. *Observatorio Fabra*, proyecto de D. José Doménech y Estapá. — *Una artista*, cuadro de A. Edelfeldt. — *Los calzones rotos*, cuadro de Souza-Pinto. — *Estudios de fotografía a plena luz*, de W. de Gloeden. — *Cartel anunciador*, de Alejandro de Riquer. — *D. Miguel Escuder (hijo)*. — *Proyecto de aerostato dirigible de D. Miguel Escuder*. — *Al abrevadero*, cuadro de Rafael Correa.

CRÓNICA DE TEATROS

No diré ninguna novedad a mis lectores asegurándoles que el acontecimiento del mes ha sido el estreno de *Alma y vida*.

La última obra del gran escritor y novelista don Benito Pérez Galdós inspiraba gran curiosidad. El nombre del autor, el éxito aquel de *Electra*, la esperanza de que el nuevo drama fuese también de tendencias políticas o sociales; las iras y rencores de los mil enemigos que Galdós adquirió el año pasado..., todo esto era gran parte a que el estreno tuviese excepcional importancia.

Como el año pasado, el autor tuvo la infortunada idea de invitar a mil personas al ensayo general.

Es esta una equivocación que Galdós no quiso ni quiere reconocer, y no me cansaré de repetírselo, porque de teatros tengo más experiencia que él, como él la tiene más que yo de novelas. ¡Llevar al teatro a mil personas más ó menos *del oficio!* Es entregarse completamente a la maledicencia de los envidiosos y a la mala intención de los colegas.

El ensayo general fué de resultado frío; invitados y todo, los espectadores de aquella prueba no aplaudieron con entusiasmo. La obra no les gustó, y salieron diciéndolo por todas partes. ¿Qué necesidad había de esta censura previa?

Ya fué el público del día siguiente, el público del estreno, el que *paga*, ya fué mal preparado, porque Madrid es un pueblo chico y todo se sabe.

Ya sé yo que si la obra hubiera sido de gran fuerza dramática, ni los malévolos concurrentes al ensayo general le hubieran hecho perjuicio alguno, ni los de la noche del estreno habrían tenido que decir nada; pero lo peor fué que *Alma y vida* no estaba a la altura de *Electra*, y nuestro público es siempre el mismo, pide siempre *más caballos*. Sin dejar de ser una obra muy notable, no conmueve ni entusiasma como la otra.

Cuando muera Galdós (y pido a Dios que sea muy tarde) se juzgarán severamente sus comedias y dramas, y entonces, libre de los apasionamientos de los contemporáneos, el dramaturgo será mucho más y mejor apreciado que ahora. La herida de *Electra* no está aún cicatrizada; los que le guardaban rencor al autor son en España legión, y es muy difícil acertar dos veces seguidas en el teatro.

En la ejecución de *Alma y vida* se han distinguido mucho Thuillier y la señorita Moreno, haciendo dos verdaderas creaciones.

**

Parece imposible que hombre tan conocedor del teatro como Carlos Arniches haya imaginado una cosa tan disparatada como *La muerte de Agripina*, estrenada en la Zarzuela.

Esto prueba que el teatro es la cosa más rara del mundo y que al más experto le suceden chascos como ese. No sabemos nada del arte de hacer comedias ninguno de los que lo practicamos, y allí donde creemos ver un éxito viene el fracaso, y viceversa. A los directores y empresarios les sucede lo mismo. Obra en que tengan muchas esperanzas, desdicha segura. De fijo que en los ensayos de *La muerte de Agripina* se reirían muchísimo los actores que iban a representarla...

Pero vino el público de la primera noche, y echó la obra abajo, y cayó para no levantarse más, en Madrid. Acaso en provincias les guste mucho.

Menos mala es *La divisa*, del mismo popular autor, estrenada en Apolo, pero tampoco es gran cosa. Sin embargo, esta zarzuelita se hará, y se hará mucho, porque en el género chico basta que las obras *pasen* para que luego se hagan centenares de noches. Es una verdadera mina. Con poco trabajo y unos números de música que repitan los pianos de manubrio se hace una renta.

Arniches es un verdadero autor dramático, podría hacer comedias, dramas, melodramas, zarzuelas grandes..., ¿qué digo podría hacer?, las ha hecho, y han sido grandes éxitos; pero su tendencia es ir a lo práctico, al teatro lucrativo.

Como él hay muchos, y por eso hay tanto teatro chico y tan pocos grandes. El arte dramático se convirtió en industria hace veinte años, y si no mató, hirió de muerte a las grandes creaciones. La nueva generación es esencialmente utilitaria.

**

Un estreno de Benavente es siempre interesante, y por eso acudió numeroso público a oír la primera representación de *El tren de los maridos*, que así se llama la última producción del ingenioso autor.

En esta temporada, Benavente ha producido mucho y ha dado obras a varios teatros. El éxito de *El tren de los maridos* ha sido el más franco. El público ríe desde el principio hasta el fin de la obra, que tiene dos actos; la sátira es fina, las frases son felices, es una comedia pintiparada para el teatro Lara.

En cuanto a la ejecución, un verdadero primor, como sucede siempre en aquella casa, en la que todos los actores son notables.

También ha estrenado allí Eusebio Sierra una pieza titulada *El señor de la torre*, que ha gustado mucho.

La temporada en dicho teatro se prolongará este año hasta fin de mayo ó principios de junio.

**

Los nenes, de Jackson Veyán, han tenido éxito regular; pero digo de ellos lo mismo que de *La divisa*: durarán mucho tiempo.

Este autor es de los más afortunados, ó lo que es lo mismo, de los que han hecho más fortuna con sus obras. Podrá ser más ó menos literario; eso a él le tiene sin cuidado, porque ha resuelto su problema. ¿Quién podrá creer que sus zarzuelas *Chateau-Margaux* y *¡Al agua, patos!* han producido más de cuarenta mil duros?

¿Y qué de extraño tiene que al saber estas cosas todo el mundo quiera echarse a autor dramático?

No es, sin embargo, cosa tan fácil hinchar un perro. Para haber hecho una fortuna con sus zarzuelas, ha necesitado tener Jackson Veyán un gran conocimiento de la escena, una práctica grande de la *ficelle*, como dicen los franceses. Pruébase también con tales resultados que se puede ser poco hombre de letras y muy hombre de teatro. En fin, que no nos faltaría más sino que Jackson Veyán hiciera escuela...

**

Continuamos esperando la apertura del teatro Lírico. El empresario-constructor lleva gastados ya más de treinta mil duros en pagar una compañía que aún no se ha presentado al público, una orquesta que ensaya hace seis meses y unas decoraciones que ya deben estar llenas de polvo.

Dicen que por fin se abrirá el teatro a principios de mayo, y que es magnífico, y que oiremos seis óperas nuevas, todo lo cual celebraré muy de veras, siquiera para no estar hablando de esto otro año.

**

Todo el mundo dice que es malo el negocio del teatro Real de Madrid, y todo el mundo quiere el tal teatro; por algo será.

Siete ú ocho personas han presentado solicitud para que se les adjudique el primer teatro lírico de la nación. ¿Pues no habíamos quedado en que no era posible defenderse allí? ¿No fué largo tiempo admirado Luis París *por haber tenido el valor* (así se repetía) de ser empresario de aquella casa?

Entre los solicitantes figura el Sr. Carmena Millán, que tiene su plan aparte. ¡Rendir culto a la ópera antigua, a la *melodía*, y cerrar las puertas a Wagner!

Esto es nuevo y sumamente atrevido; y acaso porque el Sr. Carmena no se parece a nadie, sea quien se quede con la empresa.

Proscribir a Wagner de un teatro lírico, en una capital europea, a principios del siglo xx., esto no se le había ocurrido a nadie.

Es notabilísimo, y digno de que se sepa fuera de España. Bien dicen que nunca se acuesta uno sin haber aprendido una cosa nueva...

**

Pronto estarán de vuelta María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Las últimas noticias son de San Luis del Potosí. En junio llegarán los célebres artistas a la Coruña, adonde irán a recibirles sus autores fieles y predilectos.

La campaña que han hecho en América es de las más grandes que pueda registrar en su historia actor alguno.

Su actividad ha sido vertiginosa, su labor meritísima, la gloria que han dado al arte español, muy grande. Vuelven llenos de laureles y ricos. Pasa de un millón de pesetas lo que legítimamente han ganado.

¿Trabajarán en Madrid en la próxima temporada? Eso es lo que deseamos todos.

Se ha hablado de que pensaban arrendar el teatro de la Zarzuela; pero no hay nada de eso, y más vale así. Su puesto está en el teatro clásico, en el Español.

Y como el empresario actual ha faltado a varias cláusulas del contrato, y los contratos se hacen para que se cumplan, hay que rescindirlos; esto está en el ánimo de todo el mundo. El Ayuntamiento no puede continuar tolerando que el concesionario mande más que él y haga en el teatro lo que mejor le parezca, burlándose de lo tratado.

Preside la comisión de espectáculos del Ayuntamiento de Madrid el marqués de Tovar, un noble democrata, que ha alcanzado en poco tiempo gran popularidad en Madrid y que es además un hombre honrado.

¿Cómo va a consentir que el concesionario del teatro Español no pague *ochenta mil pesetas* que debe de timbre? ¿Por qué ha de tolerar que la lista de la compañía se modifique, que se hayan representado obras extranjeras, que no haya habido en la temporada actual un director artístico autor dramático, según está acordado?

Forzosamente hay que rescindir ese contrato y ceder el teatro a María Guerrero, que ha dado en él las pruebas más grandes de amor al arte español.

La compañía Mendoza-Guerrero vuelve de América en condiciones tales, que si no hubiera en Madrid teatro para ella, habría que construirlo de planta.

**

La compañía de Blanca Iggus ha comenzado su campaña de primavera en el teatro de la Comedia.

Poco abono; muy poco. El público de Madrid empieza a cansarse de italianos anuales. Y como cada año nos envía Italia artistas menos importantes que el anterior, *on commence á en avoir assez*, según expresión de nuestros vecinos los franceses.

En Italia creen que con hacer una lista de compañía basta para asombrar a los madrileños. Ya estamos hartos de artistas esfullinadores, y dentro de un par de temporadas los cómicos de Boloña y de Catania hablarán para las butacas. Esta compañía de la Iggus es muy mala, dicho sea sin ofender a nadie.

EUSEBIO BLASCO.

PENSAMIENTOS

No creáis en las palabras de los hombres sino cuando los hechos correspondan a ellas.

NAPOLEÓN I.

A menudo hablan las cosas cuando los hombres se callan.

DUQUE ALBERTO DE BROGLIE.

Es más difícil impedir que el hombre crea que hacerle creer.

RENÁN.

Pasa con las censuras lo que con las suegras; nos acostumbramos a ellas, sólo que se necesita mucha paciencia y algún ingenio.

A. DUMAS (padre).

Nadie desearía ser ministro si supiera lo que cuesta dejar de serlo.

UN ANTIGUO MINISTRO.

Un orador que renuncia a la tribuna es como una joven bonita que renuncia al mundo.

PABLO BOURGET.

El progreso social no produce a menudo otro efecto que destruir, entre las clases, las barreras que les impedían llegar a las manos.

G. M. VALTOUR.

EL HIJO DEL HÉROE

POR JORGE DE ESPARRES. - ILUSTRACIONES DE H. DELASPRÉ

Habiendo el príncipe Carlos aprovechado la noche para entrar en Ratisbona, Napoleón quiso recobrar esta ciudad antes de marchar sobre Viena.

El enemigo tenía seis mil soldados: artilleros en las murallas y granaderos en los parapetos; para derrotarlo era preciso llenar de escalas un foso, bajar á éste fusil en mano y bajo una lluvia de bombas tomar por asalto enormes fortificaciones cuyos ángu-

grises, atiesados por las lluvias y por el sol, caían en forma de crines curvas sobre sus barbas. Todas aquellas cabezas erguidas y enérgicas parecieron de granito cuando pasó Duclos. Una disciplina monacal, cuyos castigos eran la degradación y la muerte, habían infundido en ellos el respeto hacia los grados superiores y parecía haber hundido en su espalda una barra de hierro que, en los días de revista, los

Ejército, tan pegado á él que su respiración le calentaba la cara, el general observó al granadero, y fijándose únicamente en su porte, indiferente á la persona, contó los botones, manejó sus armas y le inspeccionó desde las polainas hasta el cuello.

- Poca limpieza...

Puso un dedo sobre la cartuchera del granadero y de pronto su voz tomó un acento de severidad.

- ¿Por qué no te conformas con la ordenanza? Tienes el honor de ser legionario y te presentas para un asalto con las armas sucias de barro.

El hombre palideció, abrió los labios para hablar y temblaron sus manos.

- Veamos, dijo el general sosegadamente; la cabeza un poco más alta..., el pulgar estirado sobre la primera abrazadera...

En silencio, nervioso, Duclos continuó la revista, y un cuarto de hora después ordenó el descanso.

- ¡Miguell, murmuró un granadero.

El hombre que acababa de ser amonestado se volvió.

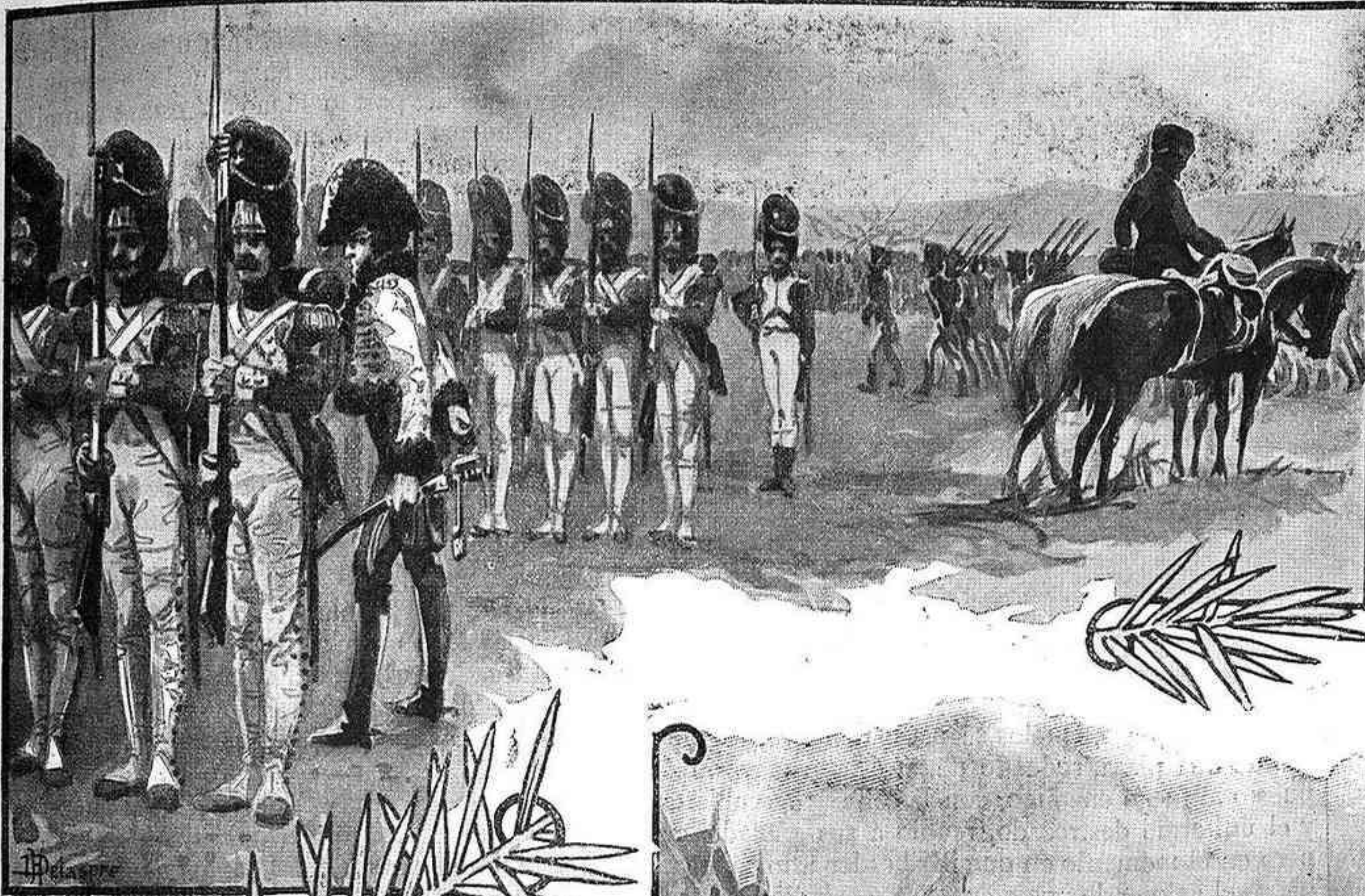
- ¿Qué quieres?

- Tú conoces al general; no lo niegues. Hasta cuando te regaña, os miráis como buenos amigos.

El viejo soldado montó en cólera.

- No me gusta charlar.

- ¡Por vida del, exclamó el cabo de la escuadra. Es inútil que protestes. Cuando vivaquea-



Así pasó revista á la primera fila

los estaban flanqueados de piezas de artillería.

El emperador, situado en un montículo á tiro de bala de cañón, ordenó al mariscal Lannes que hiciera avanzar á la división Morand, y para poner á sus soldados al abrigo del fuego hasta el momento del ataque, colocólos detrás de una granja y mandó que se trajeran de las aldeas vecinas escaleras que puso delante de las tropas.

Los generales habían de pasar revista.

Uno de ellos, muy querido del mariscal que en Eckmuhl había sido nombrado barón del Imperio, era un joven de treinta años, rizado como una mujer, bondadoso en el vivac, severo en las marchas, bueno con sus soldados, y que siempre, al frente de sus hombres y con el puño en alto, acuchillaba al enemigo como un ruso azota á sus perros. Se llamaba Duclos, el «barón Duclos.»

Detuvo su caballo detrás de la granja, mandó tocar llamada, se pasó la mano por los cabellos, mordióse los labios como si tuviera que presentarse delante de la emperatriz y se dirigió hacia sus soldados.

Los primeros que vió eran granaderos: aquel regimiento de hombres barbudos había estado en Arcole, en Rívoli, en Castiglione, en las Pirámides, en San Juan de Acre, en Austerlitz. Podía asegurarse que donde estaban ellos estaba la victoria.

Cuando llegó delante de las filas, el general saludó el Aguila, y entonces, descubierta la cabeza, juntos los pies, delgado, esbelto, abrigado el busto por la pelliza de madgiar con galones de oro, aparecía ante sus soldados ingenuo, más frágil que una muchachita y fresco como una mañana de combate.

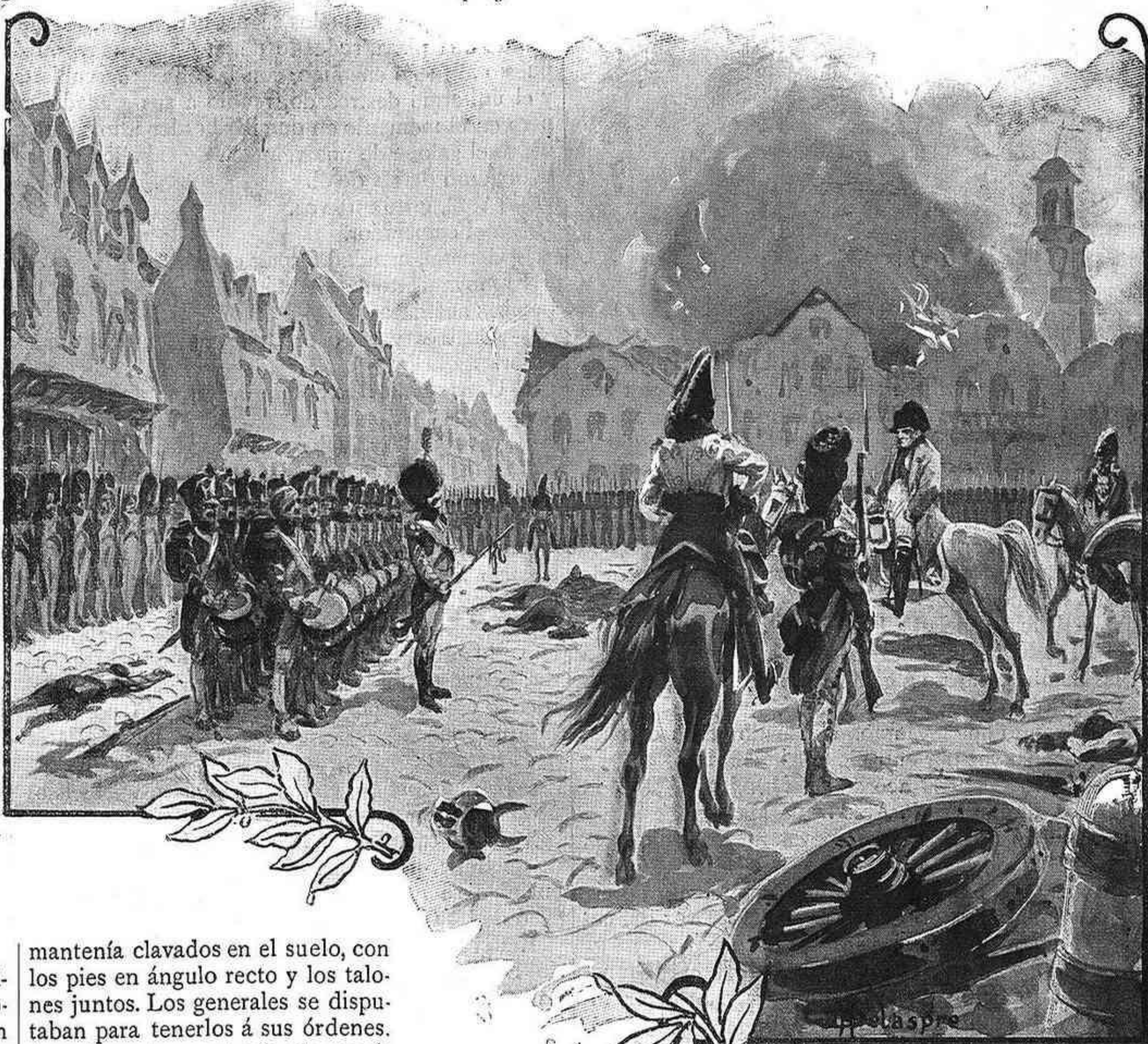
- ¡Abran fila!

Los coroneles, dirigiéndose á sus batallones, gritaron: «Segunda fila, ¡tres pasos atrás!»

Una línea de morriones peludos retrocedió.

Y Duclos avanzó seguido de su estado mayor.

Así pasó revista á la primera fila. El general conocía á todos sus hombres, puesto que al pasar por delante de ellos, con una palabra que les hacía ruborizarse, les recordaba una carga ó un asalto. Aquellos soldados parecían cadáveres en pie: viejos, atildados, coquetones bajo sus uniformes remendados, tenían de treinta á cincuenta años, y sus bigotes



Era el emperador

mantenía clavados en el suelo, con los pies en ángulo recto y los talones juntos. Los generales se disputaban para tenerlos á sus órdenes. Aquellos veteranos tenían la manía del heroísmo, esperaban durante veinte años la cruz y tuteaban al emperador: eran los abuelos del ejército.

- A ti te he visto en el Monte Tabor, dijo Duclos.

- Sí, mi general; entonces erais capitán.

- Y tú eres un furriel de Austerlitz.

El soldado se estremeció.

- Te hice condecorar por Le Tondou en Burgos, dijo á un tercero.

La revista se presentaba bien; el general estaba contento.

A veces Duclos enderezaba ó metía un morrion, registraba una mochila, arreglaba un correa. En el centro de la cuarta fila, detúvose delante de un hombre é inmóvil y pensativo le contempló.

Aquel hombre era viejo; tenía la mirada clara de los animales bondadosos, y mirándolo atentamente, hubiérase dicho que cada arruga de su rostro era una campaña. Inclinado sobre el soldado del Viejo

mos, os habláis á escondidas; Miguel por aquí, Miguel por allá... Delante de Zaragoza te hirieron y el general fué á verte en seguida...

- La noche de Landshutt, añadió otro, te dió vino para que convidaras á tus compañeros.

- ¡No nos conocemos!, contestó el testarudo granadero. ¡Yo, amigo de un general, de un barón dotado por el emperador!.. Además, nunca deja de reprendermé. Ya habéis visto ahora mismo lo que me ha dicho á propósito de mi cartuchera.

- Esto es para disimular. Pero á mí se me figura que en otro tiempo habéis sido muy íntimos.

En aquel momento sonó el tambor.

Era la señal de ataque.

Las escaleras para el asalto de la ciudad estaban en el suelo delante de la granja.

Lannes pidió cincuenta hombres que clavaran aquellas escaleras en el foso; se presentaron muchos más y hubo que escoger entre ellos; mas apenas sa-

Ratisbona y las descargas enemigas se sucedieron sin interrupción; pero al cabo de tres horas de combate, los cañones austriacos, cansados de vomitar metralla, retrocedieron.

La ciudad estaba tomada.

y le obedeceréis en todo lo concerniente al bien del servicio y a la ejecución de los reglamentos militares!

Dió una vuelta, y temblando de fiebre, en medio de un silencio mortal, mandó tocar descanso.

Después bajó del caballo, abrazó al granadero y las tropas pudieron ver cómo aquellos dos hombres lloraban.

— Señor barón, preguntó el emperador, ¿por qué ese valiente no es más que simple granadero?

— Estaba retirado desde la campaña de Italia, pero el año pasado le aconsejé que se reen-ganchara.

Duclos miró nuevamente al soldado.

— De esta manera nos vemos todos los días. ¡Ah, sire! En cinco años, sólo una vez he estado en mi casa. Una bala puede matarme; si esto sucede, por lo menos él estará conmigo. Nos hemos jurado morir por la Francia y por nuestro emperador.

— ¿Conocéis, pues, á ese hombre?

— Es mi padre, respondió Duclos.

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES. — EMPRESA DE NAVEGACIÓN FLUVIAL DE D. NICOLÁS MIHANOVICH

De lo que es capaz un espíritu observador, constante en el trabajo; de lo que es capaz un criterio acertado, un carácter firme y recto; de lo que puede la perseverancia y la fe en el porvenir, contando únicamente con el propio esfuerzo, es ejemplo viviente el armador don Nicolás Mihanovich.

Llegado á orillas del caudaloso Plata apenas cumplidos los diez y ocho años, y en los albores del año 1862, al contemplar la grandeza y majestad de este brazo de mar que impropia-mente lleva el humilde nombre de río, germinaron en la mente del joven marino ideas y anhelos de ambiciosa empresa que le impelieron á dejar el buque de vela de cuya tripulación formaba parte, y en el que había cruzado el Mediterráneo y el Atlántico trayéndole de las risueñas costas del Adriático á las hospitalarias playas argentinas y á trocar su patria, la pintoresca Dalmacia austro-húngara, por la adoptiva, la también pintoresca República Argentina.

Y empezó como empiezan todos los que sin recursos, pero con grandes esperanzas y muchos alientos, llegan á un nuevo país: trabajando desesperadamente, pero ahorrando siempre, economizando sobre las horas de descanso, haciendo dinero del sueño.

Pocos años después, la guerra del Paraguay le dió ocasión para reunir un modesto capital, debido á sus conocimientos prácticos de los grandes ríos, arterias de esta parte de América, como son: Paraná, Uruguay, Paraguay y de sus numerosos afluentes y múltiples canales; capital que sirvió para la compra del primer vaporcito remolcador, ensanchando paulatinamente su círculo de acción lo que permitió la adquisición de otros dos, hasta que en 1877 constituyó la actual Empresa Fluvial, creciendo su fortuna á la par que su nombre y fama como armador concienzudo, serio, activo, hasta llegar al estado actual. Su flota hoy en día es la más importante y poderosa, no solamente de esta parte de América, sino que también de Europa, teniendo en cuenta que está en manos de un solo hombre, que es á la vez fundador y director y único propietario, en edad relativamente joven, si se considera el cúmulo de trabajo ejecutado.

Aquellos primeros remolcadores se multiplicaron y seguramente continuarán multiplicándose, constando hoy dicha flota de muy cerca de doscientos buques; de ellos, treinta y cuatro son espléndidos vapores para pasajeros y carga, destinados al servicio de los puertos del alto y bajo Paraná, Uruguay, Paraguay y Río de la Plata, con todos los adelantos modernos para la navegación de los ríos y con todo el lujo y confort imaginables, resultando algunos de ellos verdaderos modelos de la moderna arquitectura naval, especialmente los llamados *Paris, Eolo, Tristán, Helios, Golondrina, Montevideo, Olimpo, Rivadavia, Urano, San Martín*, etc., etc.; nueve son grandes vapores exclusivamente de carga que hacen servicio fijo semanal entre los principales puertos del litoral; cuarenta y nueve vapores remolcadores, algunos de mucha potencia y con todas las instalaciones y materiales precisos y necesarios para toda clase de salvamentos; cuatro pontones ó depósitos flotantes para inflamables, explosivos, etc.; noventa y tres chatas y lanchones á vela para carga, algunas especialmente construídas para la conducción de ganado en pie; y dos grúas flotantes de gran poder, amén de otras naves en construcción en los grandiosos astilleros, también de propiedad de D. Nicolás



Sólo un granadero salió de las filas

Allá, á lo lejos, Duclos seguía batiéndose. En medio de una plaza, rodeado de su estado mayor, expuesto al fuego enemigo, con la cabeza descubierta y el uniforme destrozado, reunió á sus granaderos; pero en el momento en que iba á ordenar una carga, oyóse el galope de una veintena de caballos que se detuvieron detrás de él.

— ¡Alto!, gritó una voz.

Era el emperador.

— General, mandad formar el cuadro.

El movimiento se ejecutó, mientras caían aún las bombas austriacas.

— ¿Cuál es vuestro efectivo?, preguntó el emperador.

— Unos quinientos hombres. Mis regimientos son los que más han sufrido.

El caballo de Napoleón dió vuelta hacia el lado de la brigada. Duclos dió un paso, y los dos hombres se hablaron en voz baja.

— Traédmelo, dijo al fin el emperador.

Las tropas habían presentado armas y reinaba un silencio absoluto... Allí estaban aquellos á quienes el general había visto por la mañana, pero no con el aspecto brillante que presentaban en la revista, sino cubiertos de sudor, manchados de sangre, harapientos, hermosos como verdugos. Sus ojos fueron recorriendo escuadra por escuadra; de pronto, por haber sin duda encontrado al que buscaba, levantó la espada y gritó:

— ¡En nombre del emperador! Que avance el soldado que primero subió al asalto.

Todavía caían sobre la ciudad algunos paquetes de metralla, pero lanzados desde lejos, porque el enemigo se retiraba precipitadamente. Un hombre salió de las filas y se acercó al general.

Era el mismo que había merecido una reprimenda de Duclos. Andaba con timidez y con la cabeza baja, molesto por una herida en la frente, de la que manaba sangre, lo cual le obligaba á enjugarse continuamente los ojos con la mano izquierda. Cuando estuvo en el centro del cuadro, á cuatro pasos del general, paróse bruscamente y presentó armas: el barón Duclos, pálido, de pie sobre los estribos, mandó que redoblaran los tambores. El soldado se estremeció ebrio de gloria.

— Estabas en Egipto, dijo el emperador, que le reconoció.

— Sí, sire.

— ¿Y tu cruz?

— La gané en Lodi.

— Está bien, dijo el emperador desviando su glacial mirada de aquel hombre. ¡Ahora, Duclos, ya sabéis lo que os toca hacer!

El general, petrificado, acercóse á las tropas y con voz de trueno que oyeron inmóviles todos los batallones, aun los más distantes, gritó:

— ¡Granaderos y tambores! De hoy en adelante reconoceréis como cabo al soldado Miguel Duclos, el primero en llegar á Ratisbona y herido en la frente,

lieron de la granja, desde la muralla hicieron una descarga y los cincuenta voluntarios fueron cincuenta muertos.

A las voces de Lannes y del general Morand, otros cincuenta soldados cogieron las escaleras y corrieron hacia las murallas. Una lluvia de metralla los derribó á todos.

Morand se volvió, y lleno de rabia y espoleando á su caballo, gritó:

— ¡Duclos, apela á los de Austerlitz!

El general, presentando su costado izquierdo á las bombas, púsose á galopar delante de sus tropas.

— ¡Soldados!

El viento que levantaba el caballo en su carrera, paseaba su voz por entre los regimientos.

— ¡Soldados! ¿Os acordáis de las jornadas de la Trebia, de Zurich, de Abukir, de Marengo?

Y volvió á pasar á escape por detrás de sus tropas.

— ¡Soldados!

No se oyó más que un rumor precipitado de pasos, y entre el ruido de las barbas, la voz del general que mascullaba una arenga.

— ¡Soldados de Hohenlinden y de Jena! ¡Granaderos de Eylau y de Friedland! ¿Permaneceréis inmóviles delante del enemigo?

De un brinco se puso nuevamente delante de las filas; su caballo echaba humo.

— ¡Soldados!, gritó Duclos. ¡Sois franceses, el emperador os contempla y ahí está una ciudad que es preciso tomar!

Ninguno de los regimientos se movió. Sólo un granadero salió de las filas. Fué un espectáculo grotesco: un hombre solo, provisto de una escalera que marchaba al paso contra ocho mil hombres y doscientos cañones.

Duclos palideció.

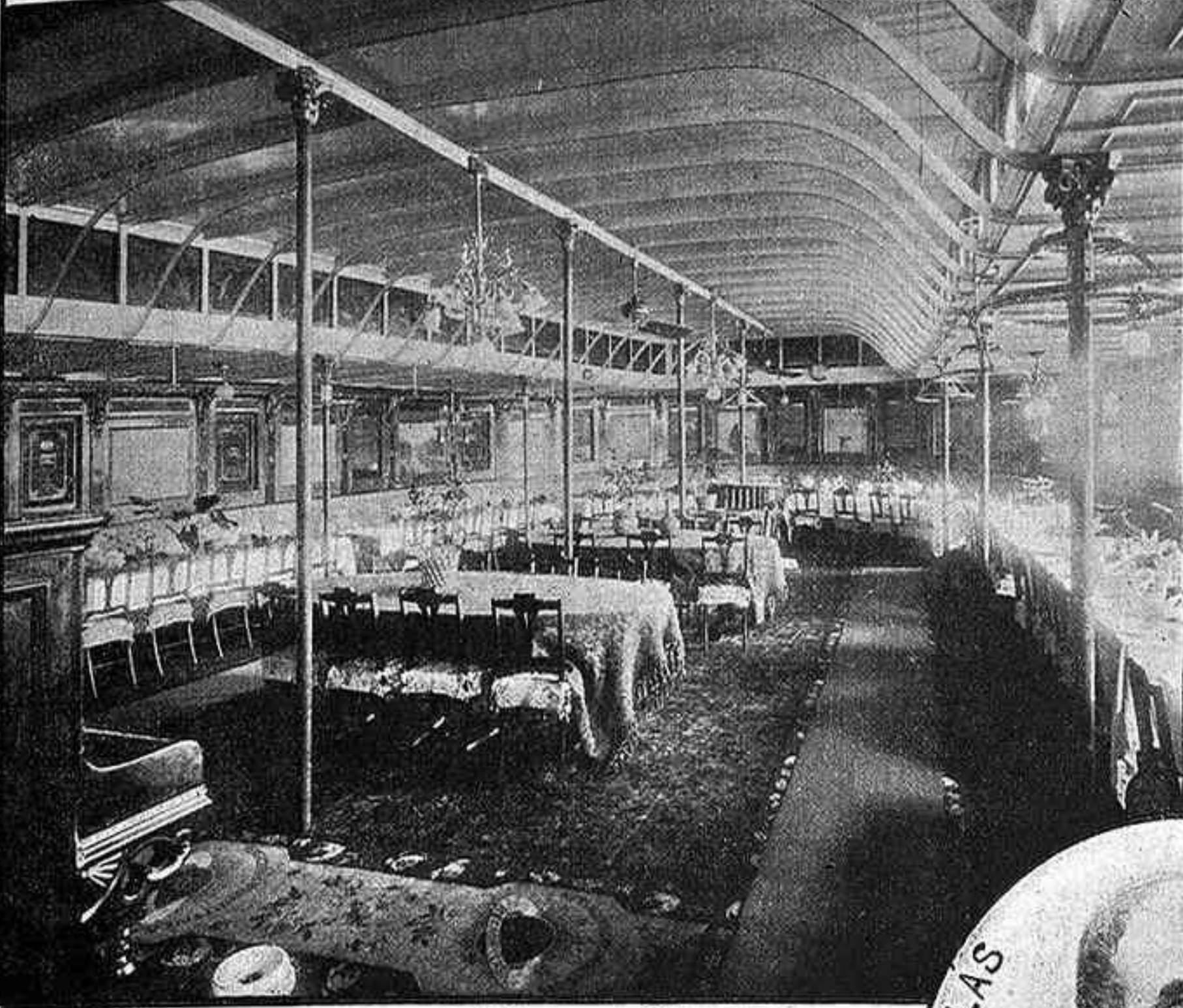
— ¿No habrá quien siga á ese valiente?..

No tuvo tiempo de concluir la frase. Los regimientos se agitaron.

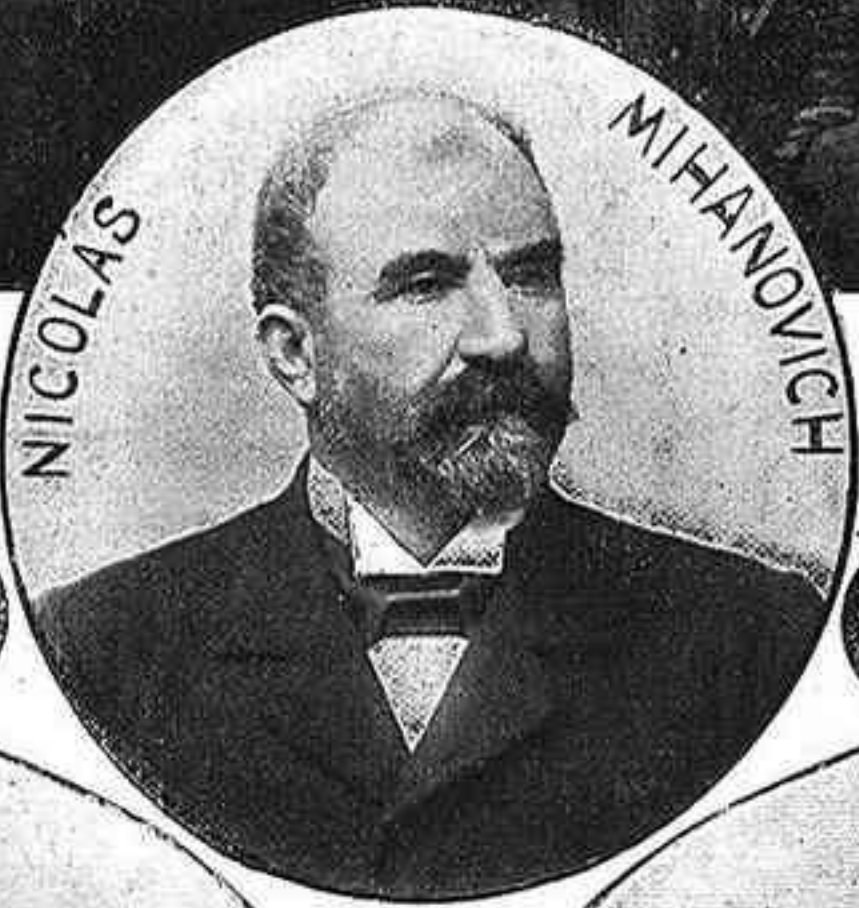
— ¡Adelante!, gritó Duclos.

Ponía ya un pie sobre la escalera, y aquellos hombres, lanzando gritos salvajes, se arrojaron contra la muralla, siguiendo á su general. El viejo granadero disparaba ya desde la cresta del muro. Entonces comenzó la lucha. Una línea de relámpagos iluminó

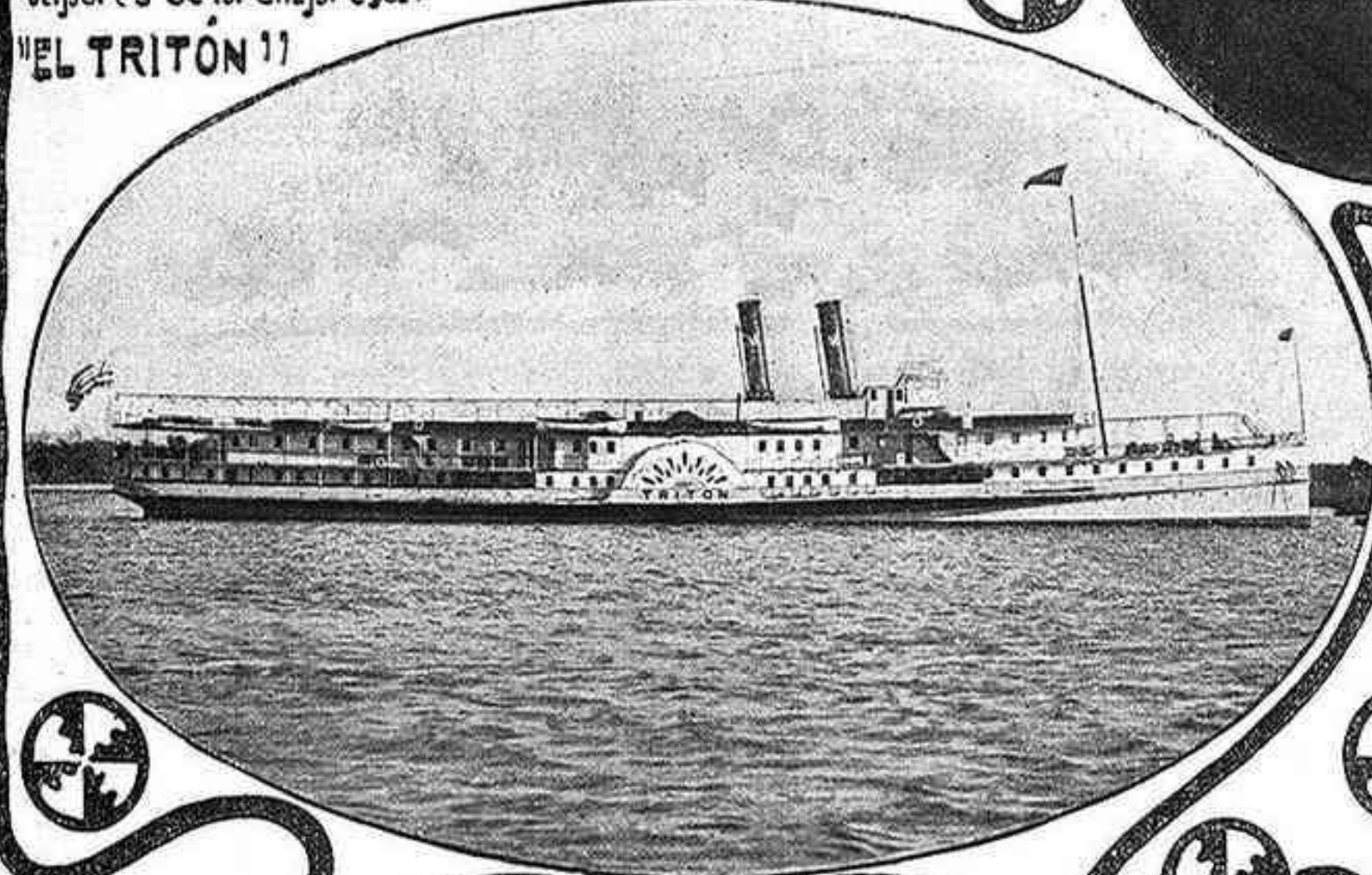
Modelo de los grandes vapores de la empresa
Comedor de "EL GOLONDRINA"



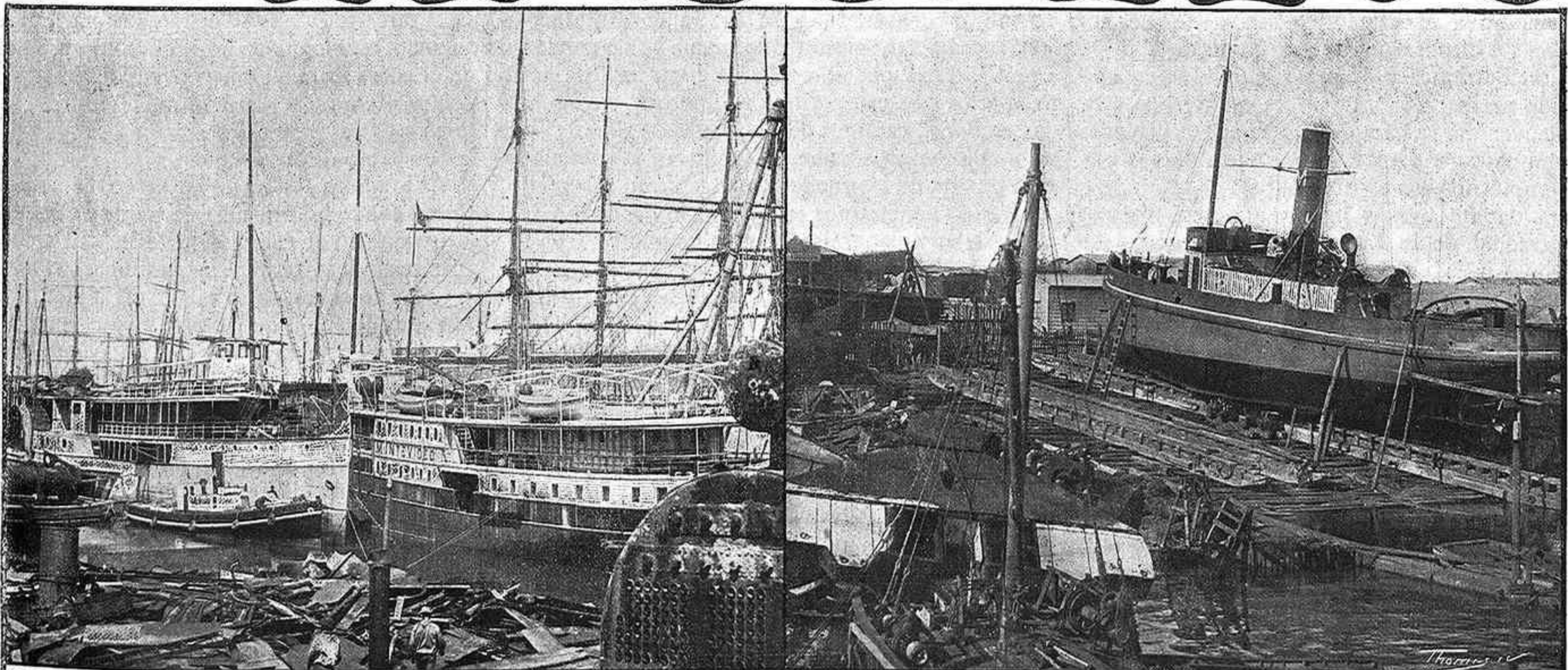
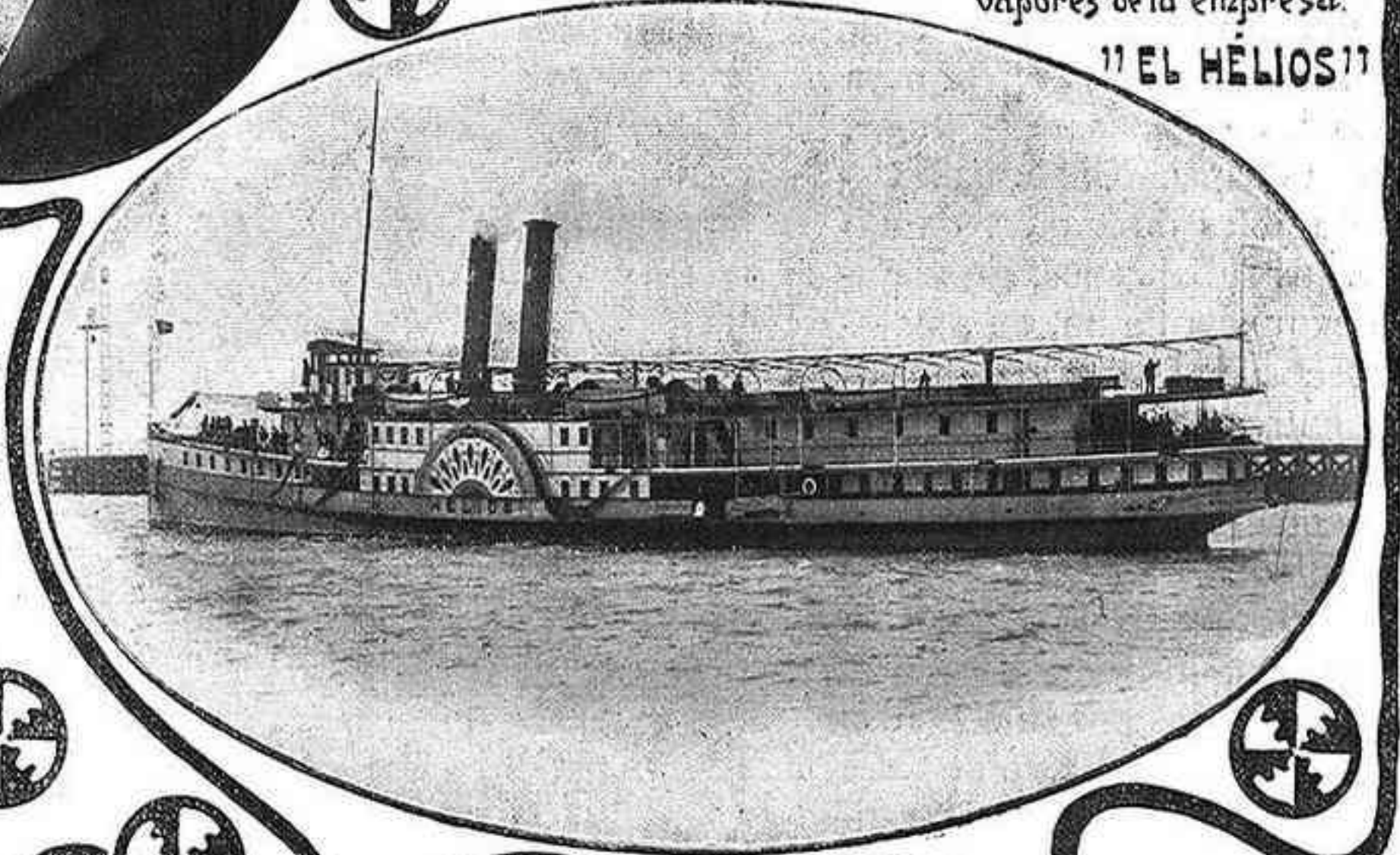
Modelo de los grandes vapores de la empresa.
Salon de "EL PARÍS"



Modelo de los grandes vapores de la empresa.
"EL TRITÓN"



Modelo de los grandes vapores de la empresa.
"EL HELIOS"



Muelles del Astillero de "LA BOCA".

Astillero de "LA BOCA".

REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES

EMPRESA DE NAVEGACIÓN FLUVIAL DE D. NICOLÁS MIHANOVICH (fotografías remitidas por D. Justo Solsona)

Mihanovich. Son éstos el de «La Boca» en Buenos Aires y el del «Salto» en la vecina República Oriental, y en ellos, además de nuevas construcciones, se efectúa la limpieza, recorrido de fondos, arreglo de averías, composturas, transformaciones y cuanto es necesario para la conservación y aumento del valioso material flotante.

D. Nicolás Mihanovich ha formado una numerosa familia, hoy casi toda ella moza. A pesar de la gran riqueza, ha procurado dar á sus hijos una vastísima educación é instrucción lo más completa posible, pero propia para el trabajo, haciendo de ellos sus grandes é inteligentes colaboradores. Cada uno tiene á su cargo la dirección de una sección, según sus conocimientos y aptitudes; y todos, de común acuerdo con su padre y recibiendo sus inspiraciones, van aumentando, como por arte de encantamiento, la colosal fortuna. Es ejemplo digno de imitarse por las familias poderosas y opulentas argentinas y coloniales, que, escudadas en su riqueza, no se preocupan mucho de enseñar á los hijos el modo de conservar y acrecentar la fortuna propia, bastándoles el barniz de cultura social y nada más. Para el observador amante del porvenir de la República Argentina, es altamente satisfactorio ver á los jóvenes hijos del referido armador, cultivadores de la amistad en la más elevada sociedad porteña y guardadores de la más rigurosa etiqueta por la noche, ocupar por la mañana antes de abrirse para el público las oficinas respectivas, cada uno su despacho, atentos á sus deberes de jefes directores, dando ejemplo á sus subalternos, sin abandonar su exquisita finura, su amabilidad correcta, que tanto aprecio les conquista entre clientes y empleados.

D. Nicolás Mihanovich posee varias condecoraciones y está á su cargo el Consulado general del imperio austro-húngaro, cargo en el que se ha captado la merecida estimación de sus compatriotas por su sencillez y maneras afectuosas. La verdad sea dicha: este señor está connaturalizado con todos, propios y extraños, es decir, argentinos y extranjeros aquí residentes. Especialmente la colonia española, le tiene en la más alta estima por haberse adherido siempre á todos sus actos patrióticos ó particulares, á sus fiestas y á sus penas. A menudo ha puesto graciosamente alguno de sus hermosos vapores á disposición de las comisiones de la Asociación Patriótica y de otras entidades, cuando les ha sido necesario salir á la rada exterior, ya para dar la bienvenida, ya para despedir naves y personas de nuestra patria. Además, buena parte de sus marinos y empleados son españoles.

Y para dar fin á estos ligeros apuntes, diremos que el personal de la Empresa que nos ocupa, en todo tiempo excede del número de dos mil individuos; que el gasto diario sobrepasa á diez y seis mil pesos; que se eleva á más de ochenta mil toneladas el gasto anual de carbón, y que resulta ser una de las principales fuentes de trabajo, engrandecimiento y riqueza de la República Argentina.

Buenos Aires.

JUSTO SOLSONA.

FLACO SERVICIO

Cierto día, con motivo de no recuerdo qué acontecimiento de índole académica, asistí á un banquete que se celebró en una de las grandes salas del manicomio de C***, perfumado por los aromas de los jardines de Aranjuez, conducidos por las brisas del Jarama.

La visita que después de la comida se giró á todos los departamentos de la casa me impresionó tristemente.

Cuando todavía las últimas oleadas del *champagne* bebido forjaban en mi cabeza panoramas coloreados de rosa, horizontes nacarados, fantásticas ilusiones de realización imposible y vagos contornos de doradas imágenes, los gestos sin motivo, las carcajadas sin razón, las muecas incomprensibles, las contorsiones ridículas, los saltos intempestivos, los gritos rabiosos, las lágrimas sin causa, los estrabismos en las

miradas, las deformidades faciales, todos esos mil y mil detalles desconsoladores, imponentes, enervantes, que se ven en los patios de las casas de salud, vinieron á desbaratar las edificaciones del vapor, los castillos de naipes, los montes de humo que vibraban dentro de mí, como el éter vibra para producir la luz.

¿Quién hubiera podido adivinar lo que dentro de

uno que con sólo saber que se llamaba y hacía llamar *Su Majestad*, ya se podrá comprender qué locura padecía y el grado de desarrollo que la enfermedad había alcanzado.

Nadie puede concebir nada más estrafalario y ridículo; las majestades de verdad no han podido suponer jamás que se les puede hacer semejante caricatura. ¡Qué de cintajos, bandas y piltrafas de rasos y sedas! ¡Qué monumental corona de latón ceñía sus sienes apergaminadas! ¡Qué continente de estúpida seriedad en todo su ser!..

Como aun entre los locos los hay nacidos para constituirse en figura principal y quiénes para formar inevitablemente en el gran coro y comparsaría, *Su Majestad*, que era de aquéllos, pudo dar pábulo á sus monomanías de grandeza y poderío, extendiendo su acción sobre unos fantásticos dominios, en los que encontraba súbditos de carne y hueso que obedecían sus mandatos, acataban sus órdenes, sufrían sus autocráticos decretos con la misma mansedumbre que los pueblos que no saben, pueden ó quieren sacudir los dogales de sus tiranos.

Y *Su Majestad* era feliz: sentado invariablemente en un antiguo sillón tapizado con restos de trapos de mil colores; empuñando una escoba á guisa de cetro y recibiendo de cuantos, locos ó cuerdos, pasaban por su lado los homenajes de su sumisión y acatamiento que el médico había previamente prescrito, ¿quién más feliz, contento y regocijado que él? Veía por completo realizados sus deseos, atendidos sus caprichos, plenas sus aspiraciones, ¿qué más podía ambicionar? Y en efecto, con esa olímpica indiferencia que los poderosos sienten por todo lo que no es suyo, sólo ambicionaba que le dejaran tranquilamente disfrutando de sus jerarquías, ejerciendo su pacífica dictadura en aquel mundo de locos que con resignación envidiable no oponía el menor obstáculo á la marcha progresiva de su reinado y á él había amoldado sus costumbres y género de vida, hasta el punto de que el soberano había llegado á ser dentro de la casa un artículo de primera necesidad.

En el manicomio, pues, había por lo menos una persona completamente feliz. Pero...

El director del establecimiento era sin disputa el alienista más afamado de aquella época. Se contaban de él curas maravillosas, y hay quien supone que tan generoso se mostraba con sus enfermos, que hasta llegó á darles parte de su razón á cambio de aliviarles un tanto de sus locuras.

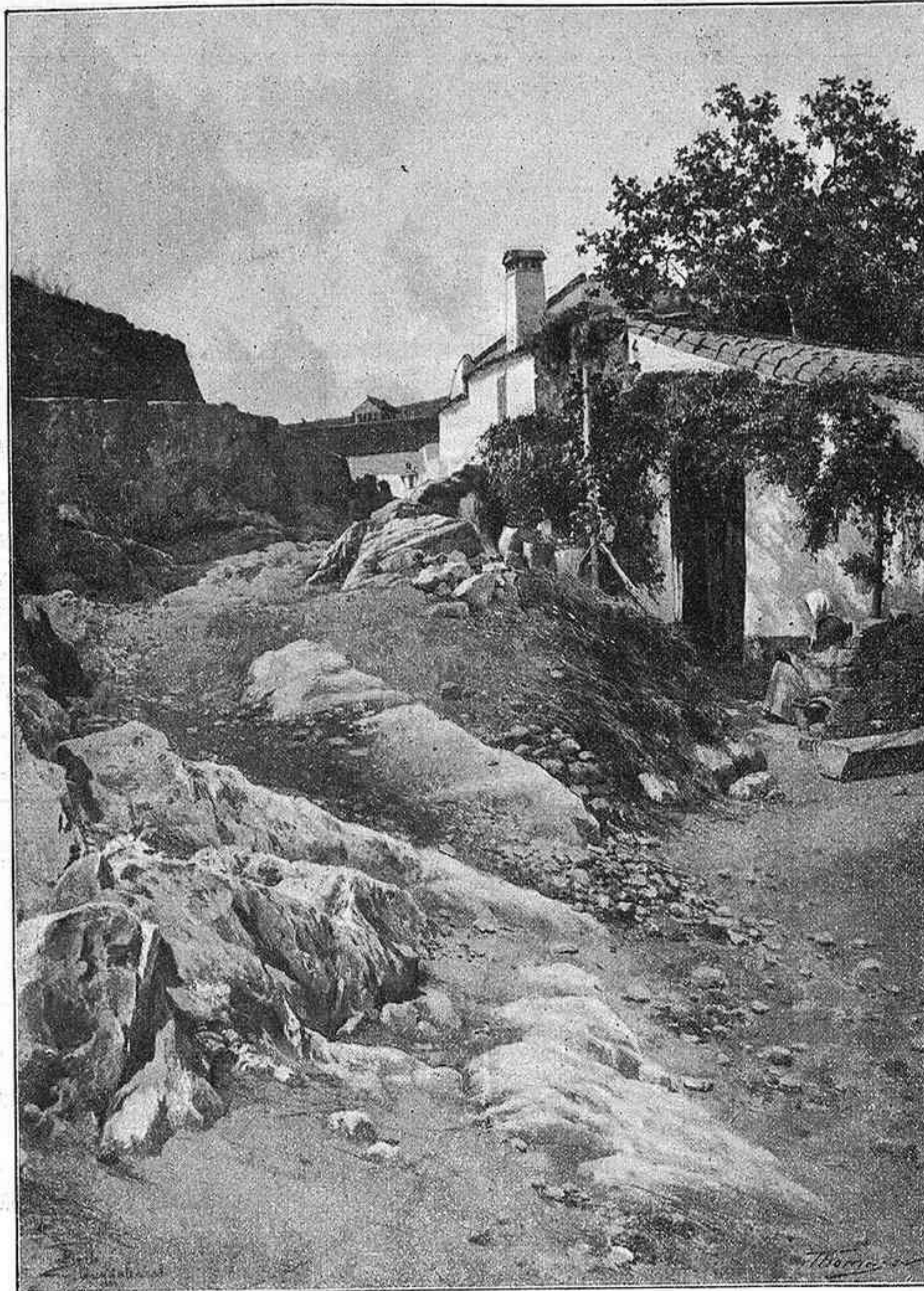
Al tomar posesión de su cargo, con solicitud paternal se fué informando de todos y cada uno de los casos que en el manicomio se habían amontonado, proponiéndose corregirlos, estudiarlos, abrirles las puertas de la luz, de la razón, de la vida. Su talento, sus estudios, ¿en qué podía mejor emplearlos que en salvar de las negruras del idiotismo, de la imbecilidad, de la inconsciencia, á aquel plantel de hermanos desheredados, de semejantes preteridos en el reparto de la razón y la inteligencia?

Y consecuente con sus planes, de una bondad altruista admirable, puso mano en ellos, fijándose principalmente — como no podía por menos, dada la evidente significación de que en la casa disfrutaba — en el alienado arriba descrito á plumazo limpio, porque tampoco para el objeto de la narración presente merece el tal ni la labor detallada del repujador veneciano, ni la minuciosidad benedictina del platero cordobés.

Enteróse, pues, de los pormenores que concurrían en la locura de *Su Majestad*, y como la cosa más natural del mundo, como si en el bolsillo del chaleco guardase el frasco del suero de la locura y la jeringuilla llena del extracto condensado de la razón, de resultados infalibles, exclamó el galeno:

— A ese hombre, le curo yo.

Y se dedicó á estudiarle. Comprendió que las lesiones que padecía del centro nervioso pudieran muy bien resultar parciales; puso en práctica los ya conocidos experimentos de Haller y Soemering; repasó las metamorfosis á que puede estar sujeta la facultad



GUADALCANAL. CALLE DE LA MORERÍA, cuadro de José Pinelo

aquellos cuerpos vivió un día? ¿Cómo advertir el paso de la inteligencia por aquellos cráneos muertos?

¡Misterios indescifrables! Aquellos seres, dignos de nuestra envidia si en su locura encontraban su felicidad, habían sentido todo lo que ya no volvieron á sentir; quizá por ello rodaran hasta la fosa destinada á los que creen vivir pensando un día en sendas de flores, caminos de oro, metas de gloria! ¡Todo se hundió en un abismo sin fondo por la sola alteración de una de las ruedas del organismo cerebral!

Cuando penetramos en el edificio destinado á las mujeres, mi aplanamiento subió de punto.

Al principio, la presencia de las heroicas hermanas de la Caridad que por ella viven y por realizarla mueren, con sus candideces de vírgenes, sus burdos sayales, sus tocas blanquísimas como el alba de sacerdote, las flores de almendro ó los trajes de novia, bajo las que chispean ojos juveniles y rostros de azucena; la presencia, digo, de esos ángeles que cuidan de los enfermos y acuden á las guerras y colocan lazos azules en las colgaduras de batista de los hospitales y ponen velas rizadas en los ataúdes de los niños, suavizaron por un momento mi dolor, sin duda para tomar mayores vuelos y recurrirse ante la presencia de las locas del manicomio.

¿Quién reconocería en ellas á la madre, á la hija, á la esposa que un día alegraron el hogar, ahora falto de su aureola, huérfano y desvalido de su apoyo y de su sombra?

¡Desdichadas! Para ellas no se ha hecho el amor, ni los goces, ni ninguna de las manifestaciones de la felicidad de que las demás disfrutaban, sin conciencia de que hay quienes nunca las gustaron. Para ellas no cayó la lluvia de rosas que toda mujer merece.

Pues señor..., y hagan ustedes cuenta de que todo lo anterior no es más que un preludio, proemio, prefacio ó cualquier otro *pre* completamente innecesario para la substancialidad de mi cuento, entre los alienados que más llamaron mi atención figuraba

que alguien denominó «el encadenamiento de verdades que alcanza naturalmente el espíritu humano sin el auxilio de las luces de la Fe,» y convencido de que los locos no poseen distintas facultades que los cuerdos para tener que luchar contra ellas, sino las mismas de éstos, aunque ejercidas anormal, inarmónicamente y fuera de las reglas de la razón humana, consideró su tarea de encaminamiento de *Su Majestad* por el recto sendero del juicio relativamente sencilla y siempre hacedera. Todo consistía en

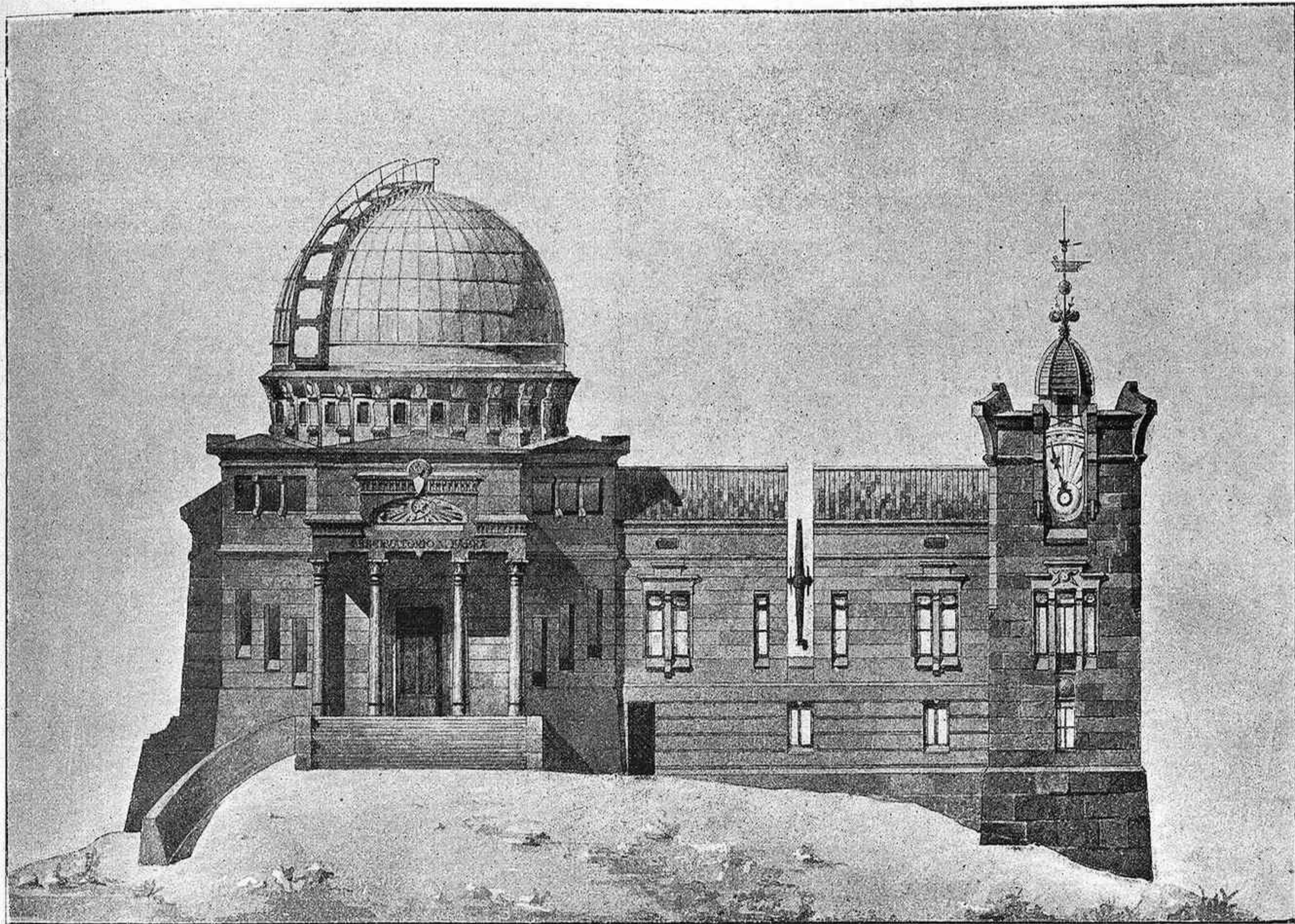
talento, el antiguo caso del manicomio me decía lastimeramente:

— No sé por qué los hombres se meten á enmendar las decisiones de Dios. Allá dentro yo era feliz, completamente feliz con mi locura, y no envidiaba ni al emperador de la China. Ahora, ya ve usted; para sostenerme tengo que pedir limosna. Me han devuelto la razón; ¡pero bien me han fastidiado!

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

bulosas con exposición relativamente corta, gracias al considerable diámetro de la lente y á su corta distancia focal. La cúpula será giratoria, para poder dirigir la visual á todas las regiones del cielo.

El cuerpo de edificio sobre el que descansa la cúpula descrita es de planta octogonal, y en la crujía comprendida entre el muro exterior y el circular que le sirve de base inmediata, hay las escaleras necesarias para dar acceso á los distintos pisos de la edificación, y su cubierta la constituye una espaciosa



BARCELONA. — OBSERVATORIO FABRA QUE SE HA DE CONSTRUIR EN LA CUMBRE DEL TIBIDABO, proyecto de D. José Doménech y Estapá

normalizar sus facultades perceptivas y reflectivas. El caso que estudiaba el director, por otra parte, no tenía nada de particular: no se trataba de un idiota ni un imbecil en el que hubiera negación completa de facultades intelectuales y afectivas; no se notaba en él una falta del desarrollo cerebral en el ejercicio de los instintos, de los sentimientos y de las facultades intelectuales; era más bien un ejemplo palpable de lo que puede llegar á ser una aberración de estas mismas cualidades del individuo, una obsesión de la grandeza considerada como término de la felicidad. Tenía remedio.

Detallar todos los sistemas, recursos y medios á que el buen galeno recurrió para lograr sus propósitos y hacer que en aquel cerebro extraviado se infiltrase de nuevo, como la luz del sol por el cristal, la luz de la razón, sería tarea demasiado prolija y árida para este trabajo. Baste saber que al cabo de no mucho tiempo desaparecieron de aquel manicomio aquellos ridículos trofeos de una monarquía ilusoria, y después de alguno más, la antigua majestad salía de aquella casa completamente curada de sus extravíos y en disposición de alternar con todos los hombres á quienes todavía no se ha querido descubrir el desequilibrio que siempre por unas ú otras causas y unas ú otras pasiones tienen todos los cerebros que no pertenecen á cretinos.

Pobre, solo, abatido, el infeliz restituído al mundo cayó desde el alto pedestal de sus fantasías risueñas al medio del arroyo, donde implorar de nuevo la caridad de sus hermanos para atender al sostenimiento de su cuerpo miserable, pedestal de una cabeza perfectamente regularizada.

La curación tuvo una resonancia fenomenal, y el ministro, enterado del hecho, se apresuró á recomendar con una brillante condecoración el talento del médico, quien desde aquel instante pudo ser considerado como un émulo de Berard y Montegre, de Pinel y Tiedeman.

Y el mismo día que el notable alienista estrenaba en el ojal de su levita la roseta que pregonaba su

EL OBSERVATORIO FABRA

La Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona ha visto por fin coronadas de éxito sus tentativas desde largo tiempo acariciadas de establecer en esta ciudad un Observatorio Astronómico y Meteorológico de primer orden, á la altura de los mejores del extranjero. Gracias á la munificencia del Excelentísimo Sr. Marqués de Alella D. Camilo Fabra, será, por fin, un hecho la realización de este proyecto que tantos servicios podrá prestar á la ciencia y que tanto redundará en el buen nombre de una población que aspira á colocarse por su cultura y actividad al nivel de las más importantes de la tierra.

El Observatorio pertenecerá á la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, la cual cuidará de su dirección é inspección técnicas. Se levantará el nuevo Observatorio en la cordillera del Tibidabo, en un montículo elevado unos 450 metros sobre el nivel del mar, cerca del ferro carril funicular y en una situación admirable por su cielo despejado.

La dirección arquitectónica del edificio correrá á cargo del arquitecto Sr. D. José Doménech y Estapá, individuo de la Real Academia de Ciencias, y la dirección astronómica y meteorológica del mismo está encomendada al astrónomo Sr. D. José Comas Solá, académico también de la Real de Ciencias. Conforme aparece en el grabado que reproducimos, el aspecto del Observatorio Fabra será monumental, dentro de la sobriedad de sus líneas. Destácase en primer término la gran cúpula de 10 metros de diámetro, destinada á cobijar un ecuatorial doble, visual y fotográfico, de 37 centímetros de diámetro y 6 metros de longitud. Este instrumento será el mayor de España y comparable á los más potentes de Europa. Al mismo se adaptarán diversos accesorios para estudios especiales, como son el micrómetro con iluminación de hilos y de campo, espectroscopios para las observaciones espectrales del Sol y de las estrellas y la fotografía de las protuberancias solares. El gran objetivo fotográfico permitirá la fotografía del cielo estrellado y de las más pálidas ne-

terrazza que rodeando la cúpula servirá para realizar todas aquellas observaciones que puedan y deban hacerse al aire libre.

De los ocho lados del octógono indicado, hay cuatro de ellos de 7 metros de amplitud, y emplazando ante uno de éstos el pórtico de entrada, pueden hacer de los tres restantes otras tantas crujías de aquella amplitud, que siendo posible darles una longitud relativamente muy grande, podrán permitir la instalación de multitud de servicios que en tales edificios han de realizarse.

De momento y ateniéndose, por ahora, la Real Academia á los medios con que cuenta, se proyecta construir sólo una de aquellas crujías, orientada de E. á O., para poder emplazar en ella y en su parte central el departamento destinado á sala meridiana, en donde se instalará el círculo del mismo nombre.

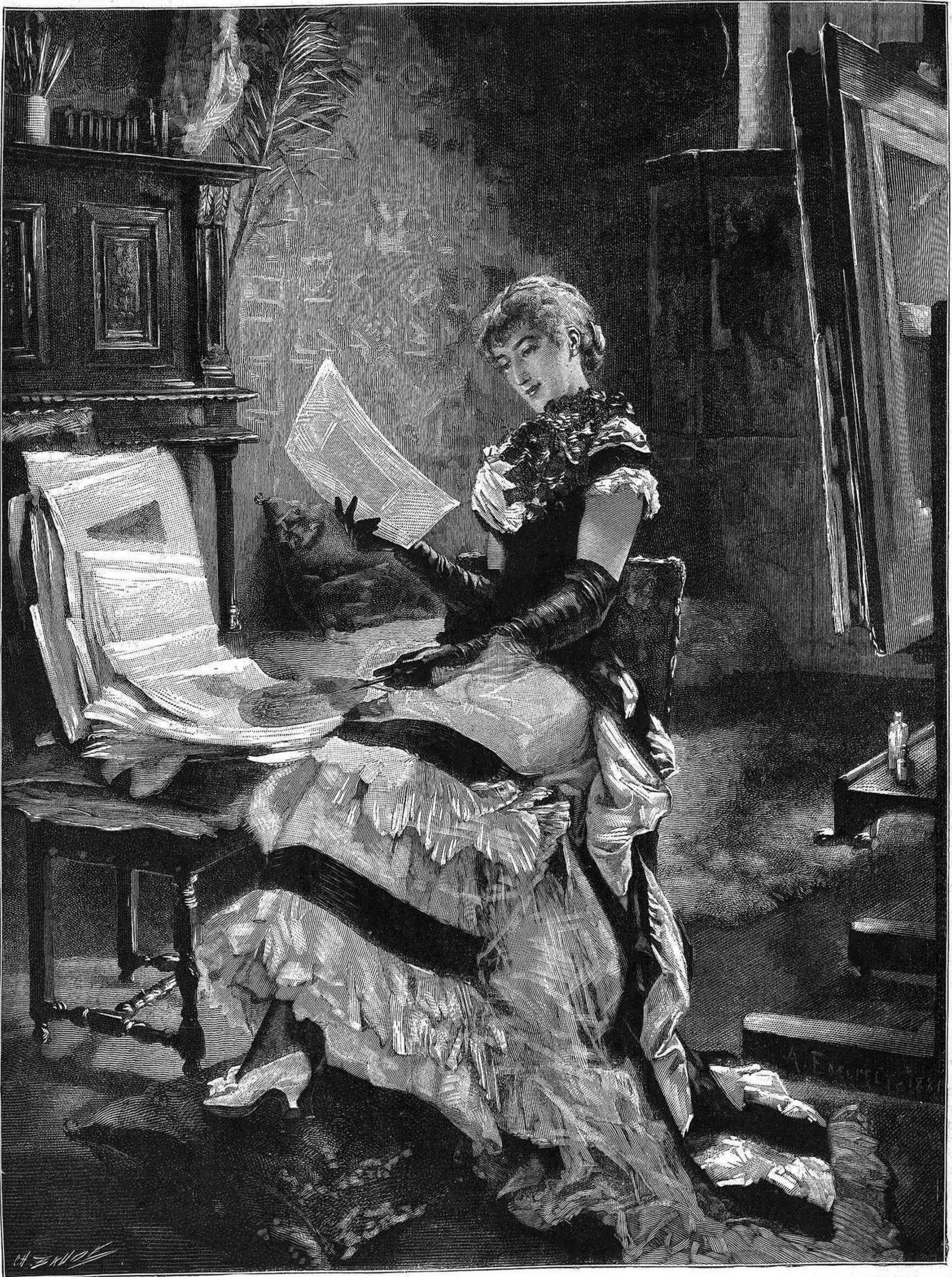
En el extremo de la crujía que describimos y que tendrá 15 metros de longitud se proyecta la construcción de una torre rectangular destinada á las observaciones meteorológicas y en cuya cima se instalarán variados instrumentos registradores.

La altura total del punto más alto de la cúpula que cobija el ecuatorial, sobre el terreno en que se levanta el edificio, es de 20 metros.

El Observatorio se completará con diferentes dependencias y pabellones importantes.

La ciudad condal no dejará jamás de incluir entre el de sus más ilustres patricios el nombre de D. Camilo Fabra, propulsor de una obra meritisima, como debe recordarse el de todos aquellos hombres que desinteresadamente se sacrifican para el mayor bien y progreso de su patria. Y los plácemes de toda persona culta se harán extensivos al dignísimo Presidente de la Real Academia de Ciencias Excelentísimo Sr. D. Silvino Thos y Codina, que con tanto acierto ha conducido á feliz término sus gestiones; á los Sres. Doménech y Estapá y Comas Solá, que con tanto entusiasmo acogen y realizan la idea; y en fin, á la Real Academia en pleno por sus desvelos é iniciativas en pro de la cultura de Barcelona y el progreso científico de España. — X.





UNA ARTISTA, cuadro de Alberto Edelfelt



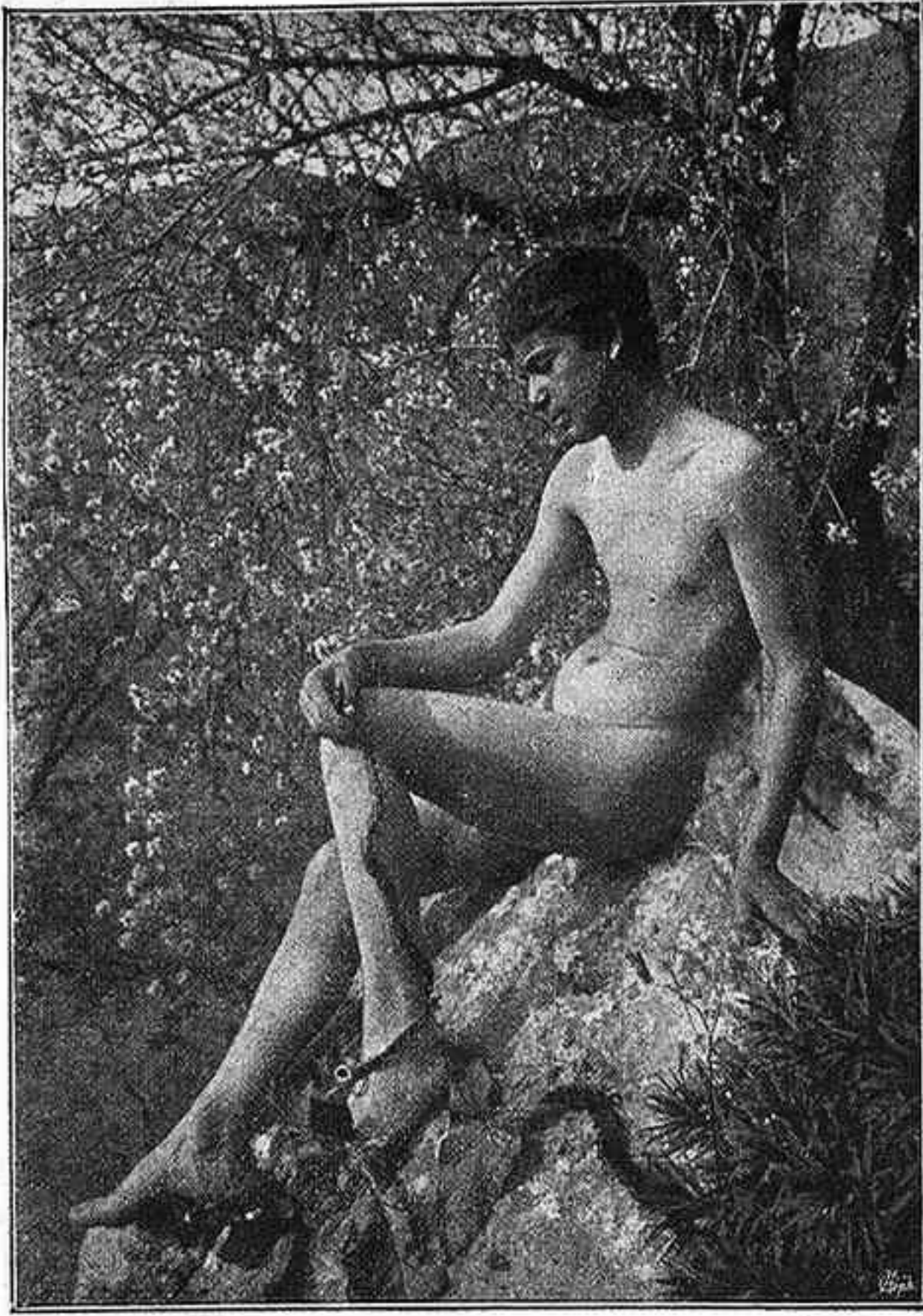
LOS CALZONES ROTOS, cuadro de Souza-Pinto





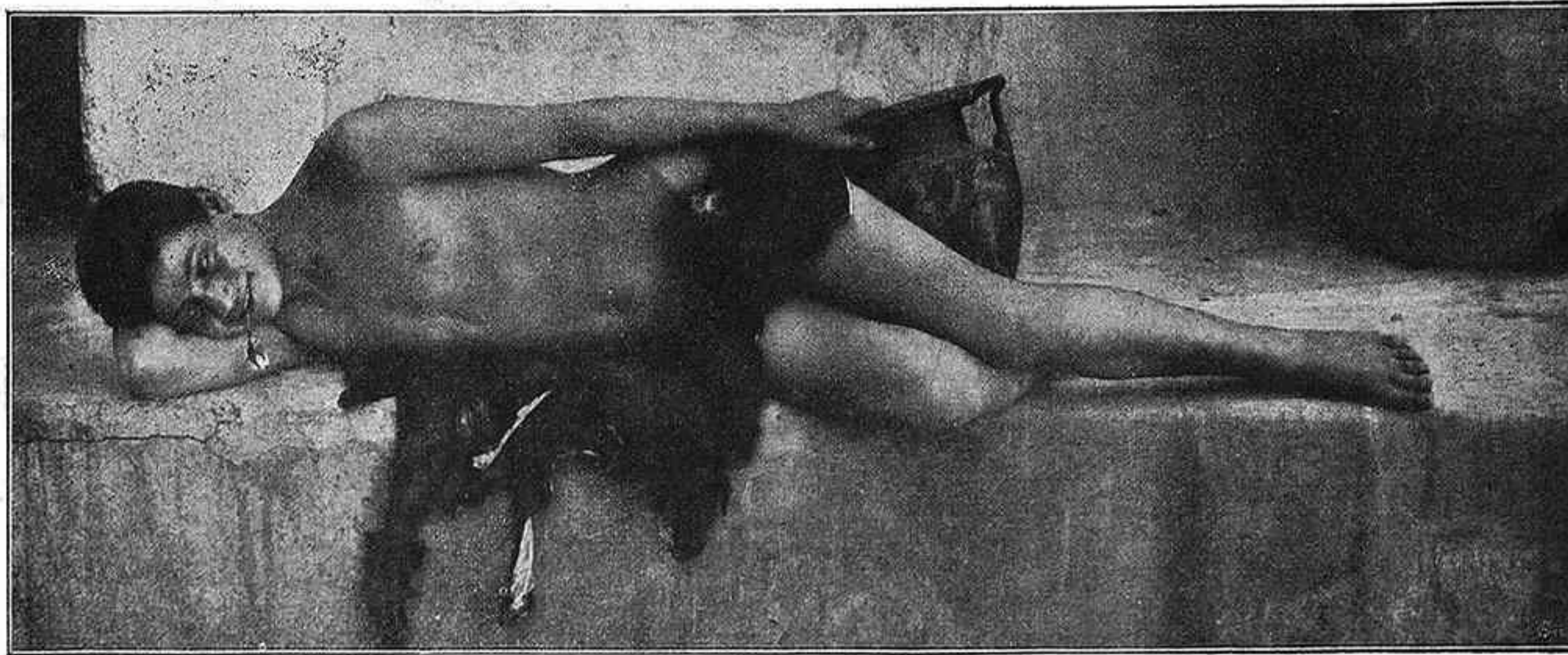
Rosita, cuadro de Juan Brull (Salón Parés).— Otra bellísima producción del distinguido pintor catalán Juan Brull nos cabe poder reproducir en estas páginas. Ha poco, y con motivo de publicar una de sus graciosas cabecitas, emitimos conceptos y apreciaciones que entendemos no debemos repetir, limitándonos, por lo tanto, á consignar que la obra á que nos referimos es digna compañera de las que han brotado de la paleta de aquel artista, y que ésta como aquéllas se recomienda por ese delicado sentimiento que constituye la característica del concepto artístico que interpreta el pintor.

Estudios de fotografía á plena luz, de W. de Gloeden.—Hace algunos años podía discutirse si la fotografía era digna de figurar entre las bellas artes; hoy esta discusión resulta ociosa, pues nadie negará que existen en número incalculable fotografías verdaderamente artísticas. Los frecuentes concursos de obras de esta índole, la atención que les dedican, no sólo las publicaciones especiales, sino que también las más acreditadas revistas en donde hasta hace poco únicamente reproducían cuadros, estatuas y monumentos, de tal manera han despertado la afición y hecho nacer la emulación en-



ESTUDIO DE FOTOGRAFÍA Á PLENA LUZ, de W. de Gloeden.

tre los aficionados, que en la actualidad bien puede afirmarse que lo que fué un día primordial y casi único objeto del invento de Daguerre, es decir, el retrato, ha pasado á ser casi secundario. El perfeccionamiento de los aparatos, los adelantos de la física y de la química, los descubrimientos maravillosos que en este terreno todos los días se realizan, han ensanchado considerablemente el campo de la fotografía y han popularizado este arte; pero han hecho algo más, han avivado el amor á la naturaleza, ya que en ella encuentran los que á la fotografía se dedican un tesoro inagotable de temas á cual más hermoso é interesante, que si desde el punto de vista pintoresco recrean los ojos y hacen sentir toda la belleza que la obra divina encierra, con sus cambiantes de luz, con sus transparencias aéreas, con sus variadas perspectivas, han obligado á los fotógrafos á aguzar el ingenio para resolver los difíciles problemas que todos estos elementos integran.



ESTUDIO DE FOTOGRAFÍA Á PLENA LUZ, de W. de Gloeden

En distintas ocasiones hemos publicado en esta revista fotografías que demuestran la verdad de las anteriores afirmaciones; hoy reproducimos dos estudios á plena luz del aficionado alemán W. de Gloeden que le acreditan de consumado artista fotógrafo.

Guadalcanal. Calle de la Morería, cuadro de José Pinelo.—Una nueva página del interesante libro que acerca de la hermosa reina del Guadalquivir van llenando los artistas sevillanos, nos ofrece ocasión de dar á conocer á nuestros lectores al laborioso y discreto pintor José Pinelo, quien, al igual que sus compañeros, va dando á conocer cuanto ofrece temas y asuntos dignos de estudio en el bonito pueblo por él escogido como residencia. Guadalcanal presenta, como todas las localidades sevillanas, cierto carácter que la distingue, haciéndola agradable para el artista, que halla bellezas que reproducir y asuntos que estudiar. El Sr. Pinelo merece aplauso por su bellísima obra y por el propósito que persigue, digno de encomio, puesto que pone al servicio de su región el caudal de sus aptitudes é inteligencia.

Una artista, cuadro de Alberto Edelfeldt.—Podrá no ser una artista de profesión, pero tiene sin duda alguna un alma de artista que se revela en la inteligencia de su mirada y en la atención con que contempla los dibujos que va sacando de la cartera. Edelfeldt ha sabido encontrar la expresión justa del tipo que se ha propuesto representar: no es la joven frívola que mira la obra de arte con el mismo ó acaso con menos interés con que examinaría el último figurín del periódico de modas; no es tampoco la mujer sabihonda que se les echa de erudita y de crítica procurando extraer la quinta esencia del trabajo sobre el cual se digna fijar sus ojos. No; el personaje del cuadro que nos ocupa es la encarnación genuina de la verdadera artista moderna: ilustrada sin petulancias; reflexiva sin abstrusas ideologías, y sobre todo bella sin afeites y elegante sin exageraciones; que en nuestros tiempos el ser mujer, discreta, inteligente y hasta sabia no significa, por fortuna, la ausencia de naturales encantos ni el desprecio de mundanos atavíos.

Los calzones rotos, cuadro de Souza-Pinto.

—El asunto de este cuadro, en el fondo, ya que no en la forma, se repite con sobrada frecuencia en todos los hogares en donde hay un chiquillo que va á la escuela. Cuando, terminada la hora de clase, salen los muchachos como bandada de pájaros puesta de improviso en libertad, lo primero que se les ocurre es correr, saltar, brincar, golpearse, como si la naturaleza les impusiera esta gimnástica rudimentaria en compensación de la inmovilidad á que durante tantas horas estuvieron condenados sus cuerpos. ¡Y qué ha de suceder! Que el uno se cae, que el otro se arrastra por el suelo, que dos se agarran para ventilar algún asunto de honor iniciado en el aula, y de ello resultan una descalabradura, una chaqueta estropeada, un pantalón roto, algo, en fin, que es la eterna desesperación de las madres, las cuales han de tener siempre á mano para reparar tales entuertos la botella de arnica y sobre todo el hilo y la aguja, amén de la mano para saludar con un par de moquetes al que llega á su casa malferido y con la ropa destrozada. Y entonces se produce, con más ó menos variaciones de detalle, pero en su esencia siempre la misma, la escena que tan admirablemente ha trasladado al lienzo el notable pintor francés Souza-Pinto, pintor cuyo elogio no hemos de hacer porque, aparte de ser su nombre muy conocido en el mundo del arte, los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA han tenido ocasión de admirar varias de sus principales obras, publicadas en nuestras páginas.

Cartel anunciador, original de Alejandro de Riquer.—Alejandro de Riquer figura por derecho propio entre nuestros mejores cartelistas; fué de los primeros en cultivar en España esta especialidad, y con razón ha llegado á ser uno de los que con más éxito á ella se han dedicado, gracias á sus talentos artísticos y sobre todo á sus especiales conocimientos de cuanto con la pintura ornamental y decorativa se relaciona. Sus carteles son expresión clara y gráfica de la idea ó de la cosa á que han de responder; la parte de adorno en nada perjudica á la claridad del asunto, y sin ser obras detalladas, ya que la minuciosidad no armoniza bien con este género pictórico, tampoco son un conjunto de manchas informes, de cuerpos desdibujados, de líneas y contornos absurdos é inverosímiles. Riquer ha encontrado el justo medio, y gracias á esta condición, más difícil de lo que á primera vista parece, ha logrado el aplauso de todos y ha conseguido tener un estilo propio y además de propio bueno, uniendo en sus producciones la originalidad en la concepción y la bondad en la ejecución de lo concebido.

Al abrevadero, cuadro de Rafael Correa.—Recientemente, y con motivo de reproducir en las páginas de esta Revista otra producción del mismo género, consignamos apreciaciones y juicios respecto de las condiciones y aptitudes que reconocemos y aplaudimos del inteligente pintor chileno Sr. Correa. De ahí que hoy nos veamos obligados á llamar únicamente la atención de nuestros lectores acerca del hermoso cuadro que reproducimos, interesante estudio que atestigua

Teatros. — Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Las bodas d'or*, cuadro dramático en un acto de don José M.^a Jordá; *Un condamnat á mort*, pieza en un acto de



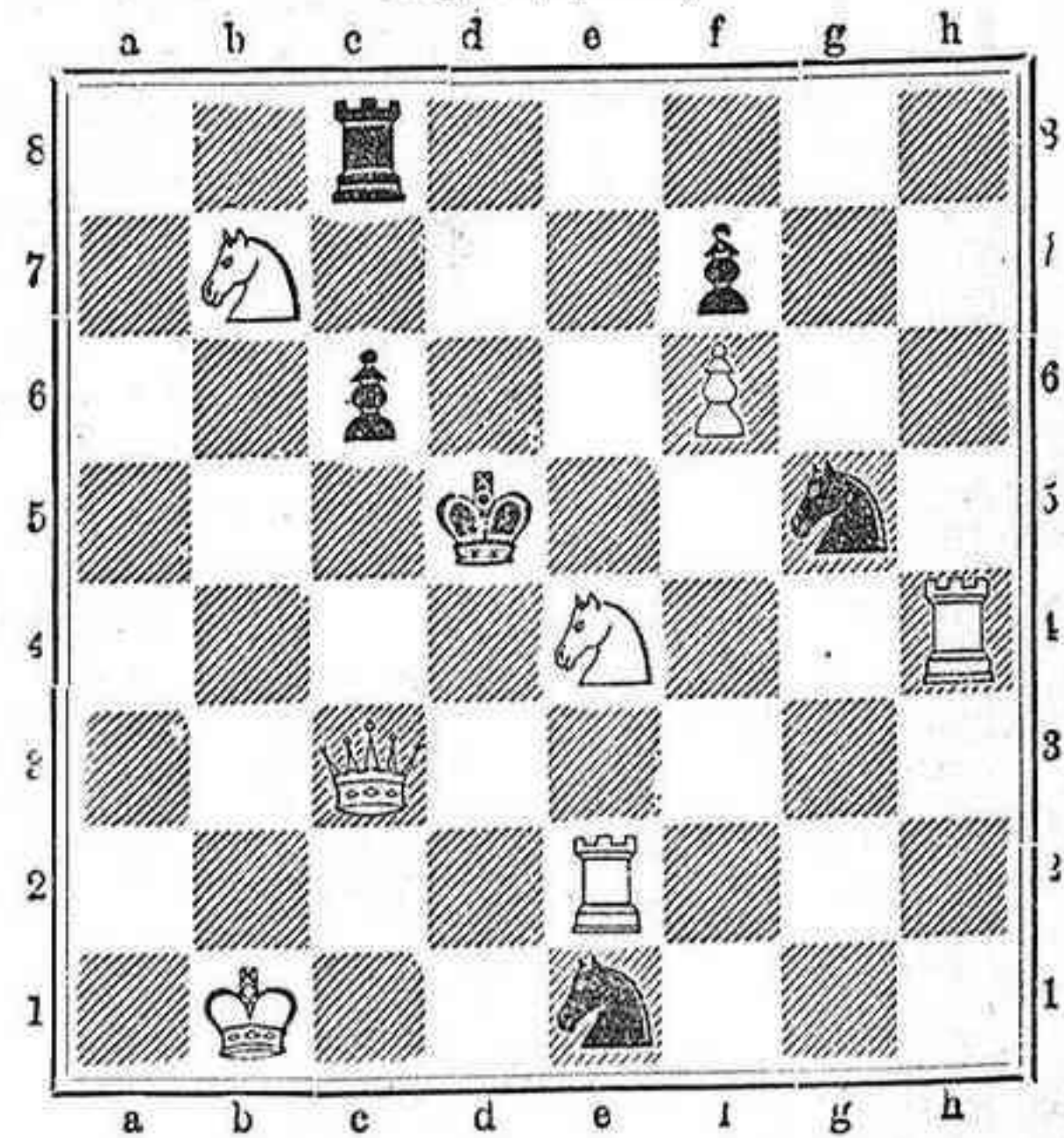
CARTEL ANUNCIADOR, original de Alejandro de Riquer

D. A. Ferrer y Codina; y *Las flors del desert*, drama en tres actos de D. Jaime Brossa; en el Principal, *Casa de almas*, comedia en un acto del Sr. Martínez Viergol, y en el Eldorado, *El tirador de palomas*, zarzuela dramática en un acto y cinco cuadros de los Sres. Fernández Shaw y Asencio Mas, música del maestro Vives. En el teatro de Novedades el renombrado pianista Sr. Vidiella ha dado un notable concierto, compuesto exclusivamente de las quince rapsodias de Listz, que ejecutó admirablemente, alcanzando entusiastas ovaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 279, POR A. GREENWAY.

Negras (6 piezas)



Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 278, POR E. R. JAMES.

- | | |
|------------------|---------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. A e5—h8 | 1. R juega. |
| 2. D a4—a1 | 2. P toma A ú otra. |
| 3. D a1—g7 mate. | |

VARIANTES.

- | | |
|----------------------|------------------|
| 1..... P toma A ; | 2. D a4—e8, etc. |
| 1..... b4—b3 ; | 2. D a4—d4, etc. |
| 1..... Otra jugada ; | 2. D a4—a1, etc. |

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Pronto una blanca espuma cubre los restos de su cabellera diezmada por la edad y los disgustos. Cierra los ojos; la operación continúa largamente. De pronto, á tres pasos de él, una voz conocida empieza á hablar:

- ¡No tan aprisa, caramba, que me desuella usted! Necesitaría usted ir á trabajar algún tiempo en Nueva York. Allí, amigo, se afeita al parroquiano tendido en un balancín, como en una especie de guillotina. Allí nadie se atrevería á emplear menos de veinte minutos en hacer una barba. La mayor parte de las veces, el parroquiano se duerme. Pero ¡diantrel!, aquí tiene uno tantas ganas de dormir como en casa del dentista.

Bajo su espuma, Codoero tenía ganas de llorar. Pensaba:

«¡Luchando siempre con la mala suerte, la vida es muy pesada! Entro en una peluquería y resulta que es la de Maugrabin y la hora en que Maugrabin se hace afeitar. ¡Y quiere que empleen veinte minutos en servirle!»

El procuraba, á su vez, prolongar el «shampooing.» Entre él y su enemigo, era una carrera de lentitud. Después de la ablución del cuero cabelludo, las servilletas atadas á su cráneo le daban el aspecto de un beduino; ni su propia madre le hubiera conocido. Quiso que le dieran una fricción para retrasar el momento en que el peinado le pondría fatalmente en estado de ser reconocido. Pero en aquel mismo instante, una exclamación, sonora como un grito, heló en sus venas la sangre del infeliz.

- ¡Calla! ¡Esta es buena! ¡No le había conocido!

- Yo... tampoco, balbuceó Codoero levantándose precipitadamente.

- He concluído; aguarde usted, saldremos juntos. ¿Sabe usted quién vino ayer á verme?

- No me es posible detenerme ahora. Voy á tomar el tranvía, que se me ha hecho tarde.

- ¡Bueno!, exclamó Maugrabin; no le quiero detener; pronto nos veremos de cerca.

Bucilly tomó al azar la primera calle que tuvo delante.

Para él, Beltrana, según su amenaza, había abordado al enemigo y presentado su ultimátum. Estaban en los cañonazos. Pero no era nada la guerra exterior. ¿Qué trincheras bastante profunda iba á poder abrigarle á él, causa de todo el mal, contra los furiosos de la guerra intestina, castigo justo, esta vez, de su inconcebible temeridad?

Casi á la misma hora, Beltrana explicaba á su hijo la suerte inesperada que se le presentaba. Su *dog-cart* brillaba á la puerta, y al parecer, una hada irresistible le esperaba en algún sitio menos expuesto á

ron vislumbrar las llamas siniestras del infierno de los arruinados.

- ¿Entonces, hijo querido, prefieres el Tonkín, con un empleo de vicerresidente en el río Rojo?

- ¡Y luego dirán que nuestras colonias no sirven para nada!, suspiró Carlos. En realidad, sólo sirven para arrastrar unos cuantos infelices al matrimonio por el terror. Pero ¿está usted segura de que la muchacha es tan rica?

- Yo no me equivoco fácilmente.

- ¿Dice usted que la casa es horrible?

- No importa; es necesario darnos prisa y lograr nuestro objeto antes de que Pascualina sea conocida en la plaza. Comprarás un hotel después del matrimonio. Y como el piso resultará demasiado grande para nosotros, después de haberte marchado tú, dejaremos el Building. Ten juicio, como es tu deber. La muchacha es más bonita que fea, sea dicho de paso.

Carlos abrió su portamonedas vacío.

- Negocio concluído, dijo. Pero solicito un anticipo.

En el momento en que marchaba, con una subvención de diez lises, su madre le encargó mucha discreción.

- Tu mismo padre ignora todo esto.

- Es la parte cómica del asunto, dijo el joven. Papá vislumbra dramas y no come. ¡Qué miedo le dió usted!

Y marchóse riendo.

Codoero estaba aún muy pálido cuando se sentó á la mesa. Una cosa le sorprendió sin alegrarle: Beltrana estaba de muy buen humor, y sin embargo había visto á Maugrabin. ¿Había cedido acaso el hombre del Building? ¿Qué significaban entonces aquellas palabras: «Nos veremos pronto de cerca?» Bucilly comió casi en silencio, no atreviéndose á preguntar nada, ni aun después de haberse retirado los criados. Uno de los rasgos de aquel carácter débil

consistía en preferir la incertidumbre al conocimiento de la desgracia ó de la dificultad. Sin embargo, la incertidumbre le ponía enfermo, y Beltrana lo sabía. Pero la tortura de aquella angustia era uno de sus medios de gobierno. Enervar y achicar á su marido, dejándole en la ignorancia de las cosas, era la regla de su táctica, y el castigo que aplicaba en los casos graves, como el presente.

Al pobre Codoero le estaban reservadas otras sorpresas. Pocos días después, en el momento de salir de su casa, á eso de las tres de la tarde, se encontró al pie de la escalera con Maugrabin, acompañado de una linda mujer. «Teníamos ya doctoras en me-



- ¡No tan aprisa, caramba, que me desuella usted!

todas las miradas. El momento era poco oportuno para hablar de matrimonio. Beltrana pudo convenirse de ello, al ver la actitud sordamente hostil - así la calificó ella misma - de su señor hijo. Pero ya no era cuestión de ser débil. Aquella misma mañana, un examen de conciencia, tanto más riguroso cuanto que venía después de un examen de la situación económica, había determinado á la señora de Bucilly á cumplir con su deber. «¡Dios lo quiere!» pensaba; tal era su convicción. Carlos oyó un lenguaje á que estaba mucho menos acostumbrado que su padre. Y como, á pesar de todo, resistía á la descripción de los goces del paraíso conyugal, le hicie-

dicina, pensó. ¿Tenemos acaso también curialas? Era imposible huir. Saludó cortésmente á su adversario y continuó su camino.

Pero el hombre del Building le gritó:

— ¡Hola! ¿Le asustamos á usted? Vamos á visitar á su señora; pero, naturalmente, no está usted obligado á volver atrás por nosotros. Únicamente deseo presentar á usted á mi hija.

Hecha la presentación, cambiados los apretones de manos de rúbrica, Codoero balbuceó, confuso por lo inverosímil de la situación:

— ¿Van ustedes... á visitar á mi mujer?

— Nos han dicho que está en casa. Pero, se lo ruego, vaya usted á sus quehaceres, si lleva prisa.

El primer movimiento de Codoero fué el de seguir el consejo de Maugrabin y de largarse, dejando que la batalla tuviese efecto sin él. No hubiera vacilado en hacerlo así si Maugrabin hubiese ido solo. Mas por un instinto caballeresco, cuyo mérito hemos de reconocer, Codoero no quiso abandonar á aquella muchacha en presencia de la borrasca que iba á estallar — así lo creía él — sobre ella y su padre.

— Acompaño á ustedes, declaró con cierta solemnidad, como hubiera dicho: «¡Voy á morir con ustedes!»

Modesto como era, no podía menos de sentir cierta admiración por su propio valor. En la escalera, que hizo subir lentamente á sus huéspedes para tener tiempo de serenarse, Maugrabin dijo:

— Parecemos caracoles subiendo por una pared. A los ocho días de haberse instalado en mi casa, se asombrará usted de haber podido vivir tanto tiempo sin el ascensor relámpago.

Bucilly tuvo miedo, en toda la acepción de la palabra. Sin duda Beltrana se había explicado mal, puesto que les esperaban en el Building. La idea del conflicto que estallaría arriba, al descubrirse el error, era capaz de hacer temblar al más valiente. Pero Codoero iba á experimentar una de las estupefacciones más grandes de su vida. Beltrana estuvo amabilísima con Pascualina y con su padre. Muchos, en el puesto de su marido, hubieran estado celosos de aquel rayo de sol que acariciaba á otros. A él no le tocaban más que los inconvenientes meteorológicos mencionados en el Salmo: el fuego, la lluvia, la nieve, el hielo y el espíritu de las tormentas. Pero ver á su mujer sonreírse, hacer los honores de la casa con graciosa cortesía, llevar el arte de decir cosas amables hasta la lisonja, era para el pobre señor, sobre todo comparado con la escena que esperaba, un placer como pocas veces lo había experimentado. Era como una de esas magias en que lo imposible resulta fácil, en que las cosas imprevistas son las que pasan, de modo que el juicio del espectador se adormece para ceder el puesto al ensueño.

De pronto, la señora de Bucilly llamó y dijo á un criado:

— Vaya usted á ver si mi hijo está en sus habitaciones.

— Ya sabes, mi querida esposa, que Carlos no está nunca en casa entre el almuerzo y la comida.

Esta observación imprudente fué contestada, por de pronto, con una contracción de labios que Bucilly conocía muy bien, y que presagiaba alguno de los azotes anunciados por el Salmista.

Deseando legitimar las ausencias de Carlos, su madre se apresuró á decir que era muy aficionado á los deportes.

— En América, hizo observar Maugrabin, los deportes sirven de distracción á las personas ocupadas; en Francia sirven de ocupación á los ociosos. Me permito esta expresión, señora, porque en este país decir de un joven que vive en la ociosidad es hacerle un cumplido.

— ¡Hum!, criticó Codoero. ¿Dirigiría usted un cumplido á un sordo-mudo colocándole en la categoría de los silenciosos? Nuestros hijos no hacen nada porque el órgano del trabajo se halla atrofiado por efecto de la raza.

— No lo creo, dijo Maugrabin. Tanto valdría decir que la raza de ustedes es inferior.

Beltrana hubiera querido poder recordar á su marido que era la hora de su acostumbrado paseo. El imprudente hablaba demasiado. No pudiendo hacer nada mejor, tomó la defensa de la joven generación.

— Nuestros hijos valen más que sus padres. Por no hablar más que del mío, ¿cree usted que le asusta el trabajo? Al contrario: le atrae. Pero ¿qué puede hacer en Francia el joven de buena familia que no tiene especialidad?

— Señora, repuso Maugrabin; en 1856, yo tenía la especialidad de vender naranjas en las calles de Marsella. Mi padre, descargador del puerto, acababa de matarse cayéndose en una cala; mi madre ganaba cuarenta y cinco céntimos diarios remendando sacos. Entonces nadie se ocupaba en pedir leyes, y

mucho menos en votarlas, sobre los accidentes del trabajo. La Compañía de navegación al servicio de la cual murió mi padre, que en gloria esté, creyó pagar una indemnización suficiente transportándonos gratis á Nueva York á mi madre y á mí. Teníamos allí á mi tío, que era camarero mayor en el restaurant Delmonico. Nos acogió en su casa, y yo vendí la mar de naranjas. Entonces tendría yo doce años. Cuando estalló la guerra de Secesión, mi madre y yo teníamos una tienda en que se reunían los primores de todos los países del mundo. La derrota del Sur, en lo sucesivo sin esclavos, produjo una baja enorme en las propiedades de la Florida. Compré una casa regalada, sin verla, por consejo de mi tío. Esta finca estaba situada en las cercanías de un pueblo llamado San Agustín.

— ¡Ah, mi caro San Agustín!, suspiró Pascualina, que hasta entonces apenas había despegado los labios.

— Allí nació mi hija, explicó el padre. Al ir á visitar mi compra, me casé en el pueblo. Sucedióme con la finca lo que con mi mujer: ambas resultaron mejores de lo que yo esperaba. La tierra únicamente estaba limitada por el río San Sebastián; y si hubiese podido coger todos los limones, todas las naranjas, todos los plátanos, todos los dátiles que se pudrían en el árbol, hubiera podido llenar un pabellón del mercado central de París. En cuanto á mi pobre Alicia, una huérfana del Norte que la guerra había sorprendido en San Agustín, fué la mejor de las esposas, la más inteligente de las compañeras. Su hija se le parece mucho.

— ¿Tuvo usted la pena de perderla?, preguntó Codoero.

— ¡Naturalmente! Siempre sucede así. Si hubiese sido un diablo, aún viviría. Propietario de un ingenio, vendí mis productos, y no los vendí tan sólo en Nueva York. Hasta la inauguración del ferrocarril de San Francisco, fuí amo del mercado. Sin embargo, mi gran negocio fué el aumento de valor de los terrenos, al convertir á San Agustín en estación de invierno. Dispénsese esta larga historia, señora. Mi objeto fué demostrar que se puede llegar á algo en este mundo, al menos en América, sin tener ninguna especialidad.

— ¡Ah!, exclamó Beltrana, no me equivoqué en el juicio que de usted formé la primera vez que nos vimos. No vacilo en decir que la proximidad, las palabras y el ejemplo de usted pueden decidir del porvenir de mi hijo, si permite usted que le vea á menudo.

— Seré entonces más afortunado con él que con mi sobrino, contestó Pascal cambiando de fisonomía. Ni mi ejemplo ni mis palabras pudieron aficionarlo á los negocios serios.

Bucilly, relegado al papel de observador, pudo á duras penas contener la risa al enterarse de que su hijo se sentía inclinado al trabajo y que se alegraría de confraternizar con Maugrabin. Mientras éste hablaba de su sobrino, Codoero creyó observar una ligera alteración en las bellas líneas de las cejas de Pascualina. Juzgando que se sentía un poco desatendida, la cogió aparte, dejando continuar la conversación entre los otros.

— ¿Echa usted de menos la América, señorita?

Esta pregunta, que estaba segura de oír de labios de todo nuevo interlocutor escaso de ideas, hizo sonreír imperceptiblemente á la muchacha. Con voz algo lánguida y un aire de vacilación que chocaba en persona tan resuelta, contestó:

— ¡Ay, caballero, todo el mundo quiere saber si echo de menos á América! Y porque siempre he contestado que sí, me he acarreado la desconfianza y á veces la antipatía. Mi franqueza me cuesta ya, sin duda, muchas amistades.

— No le costará á usted la mía, dijo Codoero conmovido. Presumo que hace usted poco caso de las amistades adquiridas á costa de mentir.

Entonces Pascualina empezó á explicar por qué echaba de menos á América, sin querer dejar de ser buena francesa. Pero su interlocutor la escuchaba distraído. Lo que en aquel momento decía su mujer se salía de los límites de lo inesperado, hasta el punto de dudar de lo que estaba oyendo.

— He citado á mi tapicero para mañana en la casa de usted. Espero que mi hijo podrá acompañarme. Si va conmigo, subire á presentárselo á usted.

— Muy honrado, señora. En cuanto al tapicero, pudo usted ver que no protejo mucho su industria. Las tapicerías, de que abusan ustedes en Europa, son nidos de microbios.

— ¿De modo que nos mudamos al Building?, dijo Codoero después de haberse cerrado la puerta tras de las visitas. No me habías dicho nada.

— ¿Me consultaste para alquilar ese piso? Pero pronuncia *Bilding*. Debieras hacer que *miss* Mau-

grabin te dé algunas lecciones de inglés. Me parece que os habéis hecho amigos.

Codoero se puso colorado, temiendo una repulsa. No ignoraba que el ángel de su hogar había refundido el antiguo proverbio, para transformarlo en este axioma de conducta: «Los amigos de nuestros maridos, son nuestros enemigos.» Y precisamente, acababa de sentir en su honrado corazón que Pascualina Maugrabin sería una amiga para él.

Al día siguiente, Carlos consintió en «hacer el sacrificio» no sin haber gemido mucho. El sacrificio no fué grande. Maugrabin y su hija no estaban en casa y los de Bucilly dejaron sus tarjetas. Introducido luego en el redil, el leoncillo declaró la habitación chocante por lo horrible, pero ridiculamente barata. Opinó que sus amigos se negarían á visitarles en aquel establecimiento de hidroterapia, templada por la electricidad.

— Mejor, contestó Beltrana. Para lo que tenemos que hacer, prefiero que nos dejen tranquilos. El éxito es de la mayor importancia para nosotros.

— Del éxito no dudo. Es usted una gran diplomática, mamá. Y yo empiezo á estar cansado de luchar por el frac, amenazado de tener que ir á casa del quitamanchas.

La señora de Bucilly dedujo de las palabras de su hijo que Norberto Leroy había cumplido su encargo; pero no dijo nada.

Carlos eligió dos piezas independientes para su dormitorio y su salón de fumar; después de lo cual subió á su coche y se alejó, dejando á la gran diplomática que se las entendiese con el tapicero en cuanto se relacionaba con la difícil cuestión del crédito.

Por la noche, á solas con su madre, sacó él mismo á colación sus futuros millones, lo cual era un síntoma excelente. Y añadió riendo:

— Después de todo, deberé á papá el descubrimiento de una mujer rica.

— Sí, contestó Beltrana; de la misma manera que Cristóbal Colón descubrió á Nueva York.

VIII

Hay en la vida de muchos una especie de rejuvenecimiento que precede á la vejez, como el otoño al invierno, y que les dispone de un modo singular á la influencia de la mujer joven. Desdeñada, inadvertida durante la cálida estación de la existencia, esta flor, apenas entreabierta, les atrae. Buscan su amor, si son imbéciles ó viciosos; su amistad, si su alma es honrada y sana. La juventud femenina, por su parte, es indulgente con este último balbuceo de ternura. Le presta oídos de buena gana, agradecida, secretamente orgullosa de acelerar los latidos del corazón fatigado, con frecuencia herido, que va á ser pronto una rueda casi insensible de la máquina humana en su decadencia.

Bucilly, aunque apenas contaba sesenta y dos años, se había anticipado á esa edad crítica, de la misma manera que, siendo aún muy joven, se había anticipado á la del matrimonio. Después de una vida desgraciada, ó mejor dicho, desprovista de felicidad, llegaba al pálido y sereno sol de octubre sin haber conocido los ardores de julio. En una de sus conversaciones íntimas, resumió un día su triste carrera á su amigo Popinot, diciéndole:

— Hice muy mal en no meterme á fraile. Hubiera gozado de mayor reposo, sin menos pobreza ni obediencia. En cuanto al aislamiento del corazón, con seguridad no lo hubiera sufrido más grande.

Un hombre así estaba mejor preparado que cualquier otro para la adoración platónica de la muchacha. Varias de las que frecuentaban su casa con su familia, se habían burlado de él con más ó menos desenvoltura; otras se hubieran dejado conquistar por su bondad y sobre todo por la lealtad que en él se adivinaba. Pero, sin hablar del sistema de Beltrana, que consistía en la prohibición de toda relación amistosa, Codoero tenía un hijo en edad de casarse, lo que hacía la intimidad con el padre comprometedora para las muchachas casaderas.

Desde su primer encuentro con Pascualina, experimentó el flechazo de afecto más ó menos sentimental, pero al que no podía darse otro nombre que el de amistad. Intimidado por el recuerdo de otros flechazos parecidos, prontamente curados por el cauterio de los reproches y por las compresas de las conveniencias, se prohibió á sí mismo todo ensueño ilusorio. Sin embargo, se las arregló para ir solo, á devolver la visita á Maugrabin; y la casualidad hizo que pudiese hablar una hora á solas con Pascualina. Fué lo bastante para que estas dos naturalezas sencillísimas descubriesen muchos puntos de mutuo contacto.

Se separaron verdaderamente amigos. Poco des-

pués, Bucilly fué á ver á Popinot (á escondidas, como siempre), con el pretexto de comunicarle la noticia, tan importante como inesperada, de la adhesión de Beltrana á sus proyectos. Pero después de las primeras explicaciones acerca de su próxima instalación en el Building, abordó el asunto que más de cerca tocaba á su corazón é hizo de Pascualina una pintura casi entusiasta.

— ¡Cómo!, exclamó el paisano de Bucilly sin escucharle. ¿Ese millonario tiene una hija? Entonces me explico por qué tu mujer le acepta como casero.

A estas palabras, el padre de Carlos se irguió, como sacudido por un choque.

— ¿Crees tú?., balbuceó. ¿Crees tú que mi mujer proyecta un casamiento?..

Popinot se echó á reír á carcajadas; luego se puso serio al ver la cara que ponía su amigo.

— ¡Qué cándido eres!, contestó. Pero voy de nuevo á tomar la defensa de tu mujer. Dudo que se encontrasen muchas madres capaces de volver la espalda á semejante ocasión.

— ¿Estás seguro de que esa... ocasión puede haber seducido á Beltrana? El mismo Maugrabin nos ha contado que vendía naranjas en los muelles de Marsella. Guárdeme Dios de decir que sea menos apreciable por eso, ni que su hija sea menos encantadora. Pero tú que conoces á mi mujer, admitirás que es muy quisquillosa en materia de genealogía.

— Un baño de oro calma desazones más graves que esa. Tú serás el primero en alegrarte de ese matrimonio. Y sin embargo, se podría creer que tienes celos, á juzgar por la cara que pones.

— No, Guillermo, no estoy celoso. Pero veo surgir ante mí un caso de conciencia. ¿Puedo permitir que mi hijo se case con una excelente y simpática criatura sin amarla? ¿Tengo derecho á consentirlo, cabiéndome la seguridad de que va á hacerla extraordinariamente desgraciada?

En los ojos de Popinot brilló una mirada maliciosa.

— La cuestión, contestó, es demasiado complicada para mí. Yo te haré otra pregunta. ¿Estás resuelto á impedir que tu hijo se case?

— Ya sabes que no.

— Entonces, amigo mío, puesto que ha de haber una mártir más en el mundo, á causa de ese muchacho, es preferible que esa mártir os salve á ti y á los tuyos. Si hace falta una víctima, ¿por qué no ha de serlo la heredera de Maugrabin?

— ¿Por qué? Porque es mi amiga. Porque me regocija el corazón con su rectitud y su bondad. Porque tiene en mí mucha confianza. Porque me aprecia y creará tal vez...

— ...¿Que tu hijo se te parece? Tranquilízate. Ese error no es posible. En fin, tú me recuerdas á esas señoras que mandan asar una gallina, pero que no sea su favorita, la que come en la mano.

— No te creía cinico hasta ese punto, dijo Codoero levantándose para marcharse á su casa.

Desde aquel momento adquirió la costumbre de ir todas las mañanas á «ver los trabajos» de su habitación del Building, con la seguridad de no encontrar allí á su mujer, cuyo cupé no salía sino por la tarde. Circulaba de pieza en pieza durante unos cuantos minutos, haciendo chorrear agua caliente en las bañeras, calentándose las manos en los caloríferos de vapor, encendiendo, con sólo apoyar el dedo en tal ó cual resorte, varias docenas de lámparas eléctricas en un mismo techo. Con frecuencia, fingía haberse dejado olvidada una carta en el bolsillo, á fin de echarla en el buzón situado en su rellano de escalera, aplicando el oído para oírla deslizarse en su «conducto» de cristal opaco. Apenas dirigía la

palabra á los operarios, sabiendo la que le esperaba si Beltrana le podía acusar de inmiscuirse intempestivamente en sus atribuciones. Si le consultaban sobre la manera de plantar un clavo: «Entiéndanse ustedes con la señora,» contestaba invariablemente.

En el fondo, lo que le atraía allí era la esperanza de encontrar á Pascualina, de ver sus ojos llenos de bondad y de franqueza, y su sonrisa de mujer feliz; de hablar con ella dos ó tres minutos, lejos de toda mirada recelosa. Pero el encuentro inesperado tarda-

dicador que decía desde el púlpito: «Los que creen pueden marcharse. Predico para los incrédulos.»

— No me atrevo á preguntar á usted, señorita, si tiene fe. ¿Encuentra usted su país natal tan superior á los demás?

— ¿Qué contestación quiere usted que le dé?, preguntó Pascualina riendo. ¿La oficial ó la otra?

— La otra, naturalmente, si es que me juzga usted digno de su confianza, respondió Codoero.

Habían tomado la dirección de la Muette, sin consultarse, como si

el paseo hubiese sido dispuesto de antemano. Pascualina iba al paso largo, ágil, un poco hombruno, de la joven de Londres ó de Nueva York, que marcha con marcado movimiento de caderas, mientras que la parisiense anda moviendo las rodillas. El primer sistema dá realce al cuerpo; el segundo comunica más gracia á las faldas. Las parisien-ses lo consideran sin duda más racional, porque es más fácil tener una buena falda que un buen cuerpo... Tales eran las reflexiones de Bucilly, observador mucho más profundo de lo que creía la gente en general y su mujer en particular. Pascualina no pensaba en su vestido, sino en las últimas palabras de Bucilly, pues no era de las que contestaban á tontas y á locas.

— Habló usted de confianza, dijo ella al fin. Me parece que usted la practica. Por tanto, usted comprenderá fácilmente lo que me hace querer y echar de menos mi patria adoptiva. En el poco tiempo que llevo de vivir en

París, he podido ver que aquí la confianza es desconocida: hablo de la confianza en la dignidad femenina. De ahí una cohibición de cada instante, que es odiosa. Echa á perder nuestro clima, como hacen en Londres las nieblas y en Madrid los mosquitos. Si yo estuviese educada á la parisiense, el mosquitero, es decir, el aya, me envolvería en este momento con su protección. Pero mi padre tiene entera confianza en mí. Se reiría de buena gana si le dijese que su hija, de veintidós años de edad, necesita una acompañante para ir á respirar el aire durante una hora.

— Señorita, declaró Bucilly, yo comparto, por lo que á usted toca, la confianza de su padre. Tiene usted dos personas, entre los dos millones de habitantes de la capital, que no dudarán nunca de usted, aunque el resto de la población la acusase. La cuestión está en saber cómo escapará usted á los mosquitos. Le aseguro á usted que aquí no faltan. Entiendo por «mosquito,» para el caso, un hombre educado fuera de ciertos respetos.

— Sinceramente, aún no he encontrado semejante hombre. Sin embargo, como usted ve, salgo sola. En la elección de mis amistades, mi padre me deja libre hasta la exageración. Un nuevo conocido, presentado por mí, es acogido como un amigo antiguo, por la sola razón de que le he juzgado digno de entrar en nuestra casa. ¿Comprende usted ahora que esté encariñada con esta vida y que eche de menos el país en que es admitida y practicada?

— Comprendo tanto más el encanto de esa libertad, cuanto que me permite el placer de hablar con usted. Hace... muchos años que no hablo más que con una sola persona, un amigo de la infancia. ¡Ah, cuánto celebraría que la conociese á usted!

— Nada más fácil.

— Nada hay fácil para mí, suspiró Codoero. Algún día lo sabrá usted mejor, cuando nos veamos más de cerca.

— Ya he visto, dijo Pascualina, que tiene usted el defecto de ser demasiado bueno. Una visita en casa de usted y una conversación en la mía han sido bastantes para que yo lo comprendiese. ¿Es posible que no tenga usted numerosos amigos?

(Continuad.)



Habían tomado la dirección de la Muette

ba en llegar. No le extrañaba, porque sabía que en todo le perseguía la mala suerte. Se alejaba lentamente del Building, con una triste sonrisa, pensando una vez más para sus adentros: «Basta que yo desee una cosa para que no suceda.»

A mediados de febrero, tuvo al fin la inocente alegría que buscaba, después de haber espiado y disimulado durante muchos días. Una mañana en que iba á retirarse del Building, oyó el timbre de llamada del ascensor. Como no había más pisos ocupados que el suyo y el del dueño de la casa, la persona que iba á bajar no podía ser otra que Pascualina ó su padre.

Codoero, con un pretexto fútil, penetró en la portería, que con sus teléfonos, sus timbres, sus botones eléctricos, sus grifos de vapor, recordaba la torre central de un acorazado.

Cincuenta segundos después, el ascensor, ya de vuelta, depositó á Pascualina al nivel del suelo. A Bucilly no le costó trabajo alcanzarla en el momento en que salía. Al verle, la muchacha mostró una alegría tan sincera, que el excelente hombre sintió un calor suave en el corazón. Quizá hubiera encontrado un poco hombruna, en otra mujer, la manera con que le tendió la mano.

— ¿Ha venido usted á inspeccionar los trabajos de instalación?, le preguntó. ¿Está usted satisfecho? ¿Vamos á ser pronto vecinos? Ya lo deseo, si he de serle franca. Esta casa vacía parece una tumba.

Estaban en el portal, prontos á salir á la calle. Mirando á Pascualina con paternal admiración, Codoero contestó:

— Ordinariamente, al borde de una tumba no se ve el Genio encantador de la Esperanza y de la Juventud. Calumnia usted su morada.

— Hemos de creer que la estatua no es tan... tranquilizadora como usted quiere suponer, puesto que la casa está vacía. Me temo que sea demasiado americana para los franceses.

— Para los franceses, tal vez. Pero ¿y para los americanos?

— ¡Oh! Mi padre no quiere americanos en su casa. Su propósito es convertir á nuestros compatriotas á las costumbres transatlánticas. Me recuerda al pre-

AEROSTATO DIRIGIBLE

PROYECTO DE D. MIGUEL ESCUDER (HIJO)

En el local de la Asociación de Ingenieros Industriales de Barcelona se han verificado recientemente con resultado satisfactorio las pruebas de un aparato inventado por D. Miguel Escuder (hijo) para la dirección de los globos.



D. Miguel Escuder (hijo)

Después de la conferencia que dió el inventor, demostró prácticamente con su aparato, compuesto de dos juegos de palas muy curioso y sencillísimo, que se pueden hacer todas las evoluciones imaginables en el espacio y á la vez marchar á grandes velocidades.

El aeronauta, sin moverse de la barquilla, varía la posición de las palas que están colocadas á los lados del aeróstato y van contenidas por un armazón de *partinium*.

Por medio de un juego mecánico, que es el *clou* del invento, con gran facilidad se dirige el globo. Este sube y baja vertical y oblicuamente, avanza y retrocede, se para rápidamente, da vueltas de grande y pequeño radio, describe espirales y, en una palabra, toda clase de figuras geométricas en el aire sin variar su posición horizontal.

Lo singular del caso es que el aparato ejecuta todas estas maniobras sin timón y sin necesidad de tirar lastre ni de desalojar gas y funcionando las palas siempre en el mismo sentido y sin disminuir el número de revoluciones.

El aeróstato que ha empezado á construirse y que su autor se propone hacer evolucionar en breve plazo á la vista de nuestra ciudad, constará de cuatro juegos de palas, de seis aspas cada una, venciendo corrientes de aire de seis y ocho metros por segundo.

Marchará á una velocidad de 10 metros por segundo cuando las corrientes atmosféricas no sean contrarias ni favorables.

Las palas medirán cada una dos metros de largo por 60 centímetros de ancho y funcionarán á 60 revoluciones por segundo.

La fuerza necesaria para la resistencia que ofrecerá el aeróstato, marchando á una velocidad de 10 metros por segundo y para el funcionamiento de las palas es de 11 caballos teóricos; pero el motor de petróleo que se adoptará es de 16 caballos.

Tendrá cabida para dos aeronautas y su peso total será de 825 kilogramos.

El aeróstato medirá unos 30 metros de largo por siete metros de diámetro y será construído de seda francesa y conforme á todos los adelantos.

Las pruebas á que al principio nos referimos, verificadas con el aparato de pequeño modelo, demostraron efectivamente que la máquina avanza y retrocede, sube y baja y gira en todos sentidos á voluntad del que la dirige, siendo el conjunto del aparato sencillo y al mismo tiempo elegante.

Asistieron á las pruebas muchas personas peritas, ingenieros, mecánicos, y todos salieron muy impresionados, felicitando al Sr. Escuder y haciendo votos para que el proyecto sea pronto una realidad.

Iguales votos hace LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, deseando que sea un compatriota nuestro el que lo

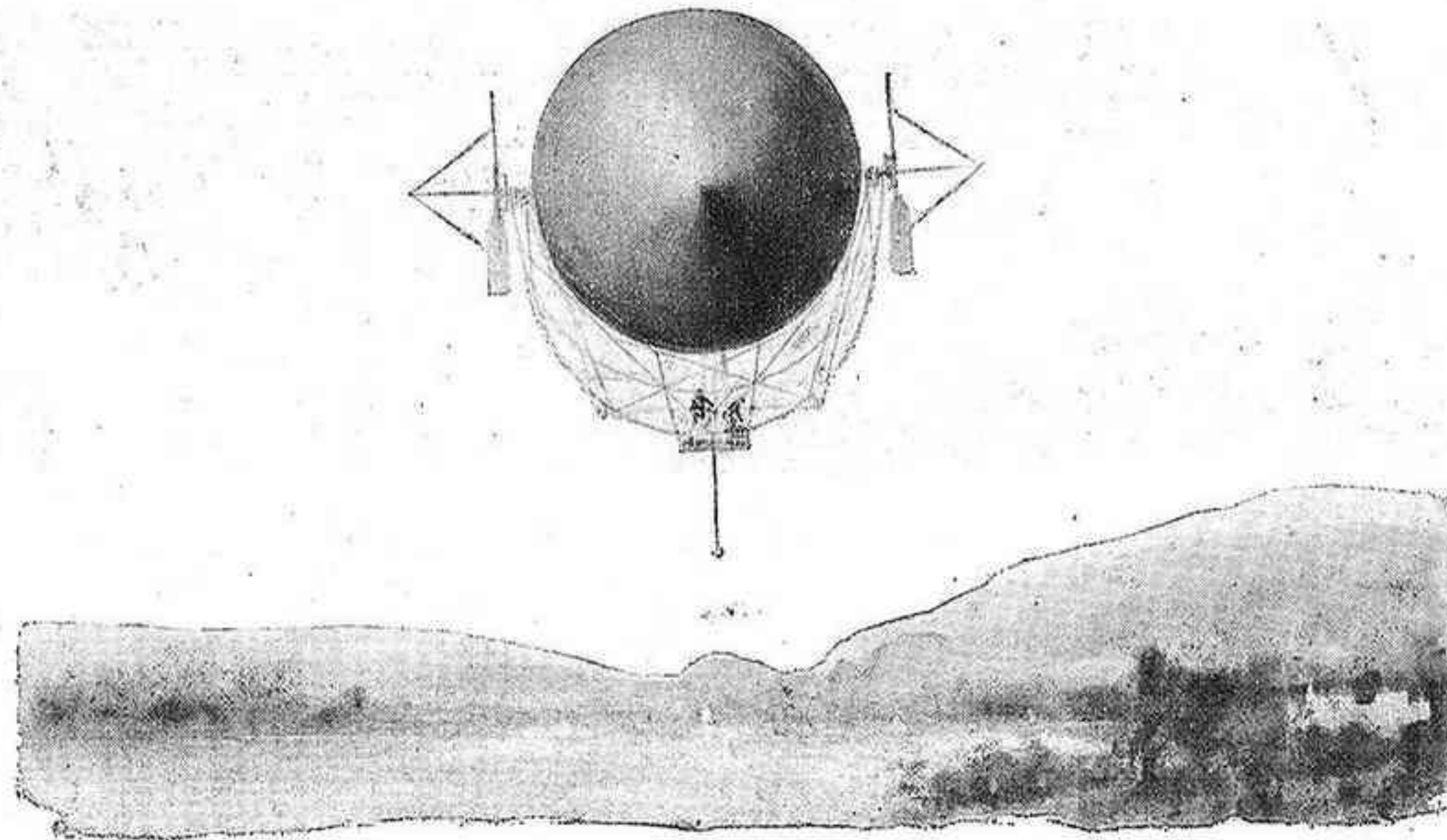
gre resolver el problema que en todos tiempos, pero ahora más que nunca, preocupa á hombres de ciencia de todos los países, alguno de los cuales ha conseguido hacer avanzar un gran paso la solución del mismo, según han demostrado recientes experimentos. — X.

* * *

UNA NUEVA FUENTE DE ENERGÍA

EL CALOR TERRESTRE

La necesidad de producir energía industrial á un precio económico ha orientado las investigaciones de los ingenieros hacia la utilización práctica de las fuerzas naturales. Se ha sacado energía de los saltos de agua; se han perfeccionado las máquinas movidas por el viento y se ha tratado de aprovechar la fuerza de las olas y el fenómeno de las mareas.



Proyecto de aeróstato dirigible de D. Miguel Escuder (hijo)

Ahora se trata formalmente de emplear, para producir vapor, el calor interno de la tierra.

Se ha discutido mucho acerca de la hipótesis del fuego central, pero se sabe que la temperatura del suelo aumenta á medida que se profundiza debajo de la superficie. Este aumento de temperatura ha sido calculado aproximadamente en un grado por cada 30 metros de profundidad. Esta regla, sin embargo, dista mucho de ser constante, puesto que

Aun cuando no se tiene la seguridad de que la ley de aumento del calor se continúe indefinidamente, la alta temperatura del suelo, á una distancia relativamente poco considerable de la superficie, es un hecho evidente, no siendo temerario suponer que en pozos bastante profundos superaría en mucho al punto de ebullición del agua: el fenómeno de los *geysers* lo demuestra.

Precisamente estudiando los *geysers* del distrito de Firehole River, en los Estados Unidos, concibió el profesor W. Hallock, de Nueva Yory, la idea de utilizar industrialmente el calor terrestre. Supónganse dos pozos perforados á muy poca distancia uno de otro, como dos perforaciones artesianas, y bastante hondos para llegar hasta las capas en donde, habida cuenta de la presión, la temperatura alcanza una elevación bastante para convertir el agua en vapor. Cualquiera que sea esta profundidad, se podrá, por medio de cargas de dinamita, bajadas al fondo, determinar una dislocación de la roca susceptible de establecer una comunicación entre los dos pozos. Este procedimiento se emplea ordinariamente para hacer comunicar pozos paralelos vecinos en las explotaciones petrolíferas de Pensilvania. Si se ha tenido cuidado en entubar los pozos durante la perforación para impedir que los invadan las capas de agua atravesadas, se habrá constituido en las profundidades del suelo un circuito de ida y vuelta que no será otra cosa que un elemento de gigantesca caldera de vapor tubular; lo grado esto, bastará hacer circular agua fría en uno de los pozos para que esta agua vuelva á subir transformada en vapor por el otro.

Falta determinar cómo se recogerá este vapor para su utilización, sea para la calefacción, sea para el funcionamiento directo de los motores,

y cómo se regularán el consumo y la presión. Estos son otros tantos problemas de mecánica que el profesor Hallock no ha hecho más que indicar; piensa, sin embargo, fundándose en el precio de coste de los pozos de petróleo de Pittsburgo, que una instalación de este género, que comprenda dos pozos de vapor de 4.000 metros de profundidad, no costaría más allá de 250.000 francos y proporcionaría una cantidad de energía capaz de amortizar rápidamente los gastos de establecimiento.

Por otra parte, pronto podrá conocerse el valor práctico del procedimiento Hallock, porque ya se anuncia que los propietarios de Pittsburgo se proponen ensayar el experimento sirviéndose de antiguos pozos de petróleo á los que, con este objeto, se dará mayor profundidad. — R.

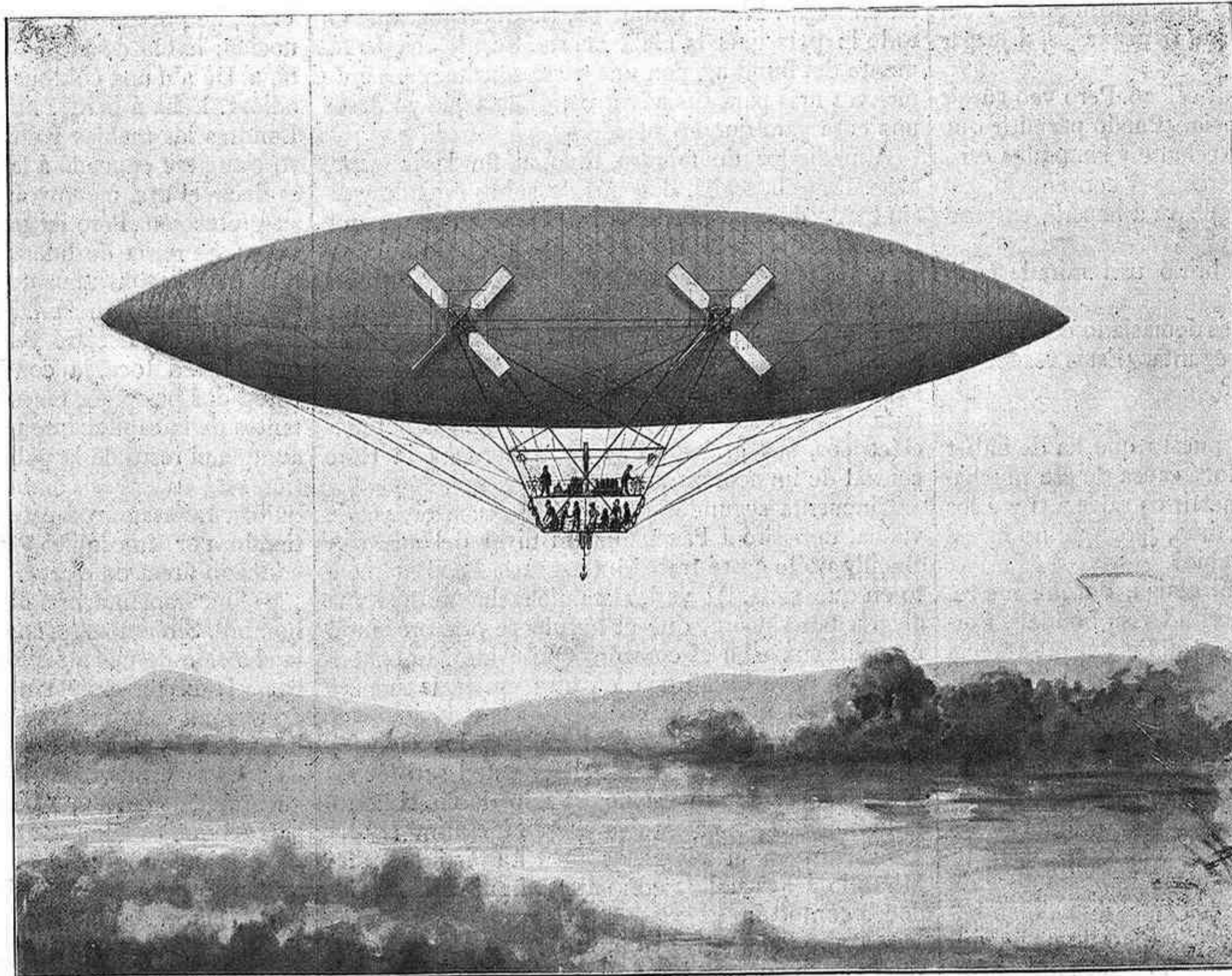
* * *

EL FIN PARCIAL

DEL MUNDO

Un sabio americano, Mr. León Lewis, acaba de publicar una voluminosa memoria sobre los inmensos glaciares del polo Sur y sobre los cataclismos que pueden producirse algún día. Al revés del polo Norte, que forma un mar, el polo Sur está constituido por un vasto continente, de modo que así como los hielos de aquél pueden escurrirse hacia el Ecuador,

los de éste se conservan y amontonan sin cesar. Gracias á esto, los hielos antárticos forman un muro que tiene, según cálculo de Mr. Bordegreind, 12.000 pies de altura en Robertson-Bay, por ejemplo; en otros puntos esta altitud es mucho más considerable. Mientras esta muralla, dice Mr. Lewis, que se denomina «Cabo de hielo,» permanezca in-



Proyecto de aeróstato dirigible de D. Miguel Escuder (hijo)

depende de las localidades y sin duda también de la naturaleza de los terrenos. En los pozos de petróleo de Pittsburgo el aumento es de un grado por cada 16 ó 18 metros; en ciertas minas de hulla americanas el termómetro marca 50° á los 800 metros, al paso que sólo sube á 38 en Ronchamp, en el Pas-de-Calais, para una profundidad de 1.000 metros.

los de éste se conservan y amontonan sin cesar. Gracias á esto, los hielos antárticos forman un muro que tiene, según cálculo de Mr. Bordegreind, 12.000 pies de altura en Robertson-Bay, por ejemplo; en otros puntos esta altitud es mucho más considerable. Mientras esta muralla, dice Mr. Lewis, que se denomina «Cabo de hielo,» permanezca in-

tacto, nada hay que temer; pero si algún día se rompe bajo la acción cada vez más considerable de los hielos del interior, ¿qué sucederá como efecto de esta súbita ruptura? ¿Y cuáles serían las consecuencias si aquella masa desembocara en el Océano Atlántico? Mr. Lewis calcula que al remontar hacia el Norte atravesaría el Ecuador e iría á chocar contra la costa de Africa en el Cabo Verde, daría la vuelta al continente africano, y continuando su marcha sumergiría la Gran Bretaña, Jutlandia, Suecia, Noruega, Finlandia y la Rusia septentrional, devastando todas estas regiones bajo un verdadero diluvio de hielo. Añade el autor que los icebergs del polo Sur al llegar al polo Norte formarían un círculo completo alrededor de éste y convertirían aquellos parajes en un mar cerrado, de lo que resultaría un regolfo de las aguas que entonces derramarían hacia el Sur, produciendo un segundo diluvio que de nuevo asolaría la Gran Bretaña y Noruega, y dejaría sentir sus efectos en otros países de Europa, especialmente en España y Portugal.

Es de suponer que no faltarán geólogos que, para tranquilidad de los amenazados con tan espantosa catástrofe, combatirán la opinión sustentada por el sabio yanqui. — X.

**

EL DIAMANTE HOPE

Recientemente ha circulado en Londres el rumor de que M. Francisco Hope había vendido el diamante (ó mejor dicho, zafiro) Hope á M. A. Weil,

de Hatton Garden, y que así dicha piedra preciosa había pasado á América. Se dice que poco tiempo ha fué evaluada en 50.000 libras esterlinas (1.250.000 francos).

modo considerable, cayó en manos de M. Eliason, reconociendo en ella los peritos una parte de la que fué comprada en las Indias. Más tarde M. Tomás Enrique Hope la compró, y hasta ahora ha pertenecido á la familia Hope. Acaba de ser vendida á un americano.

**

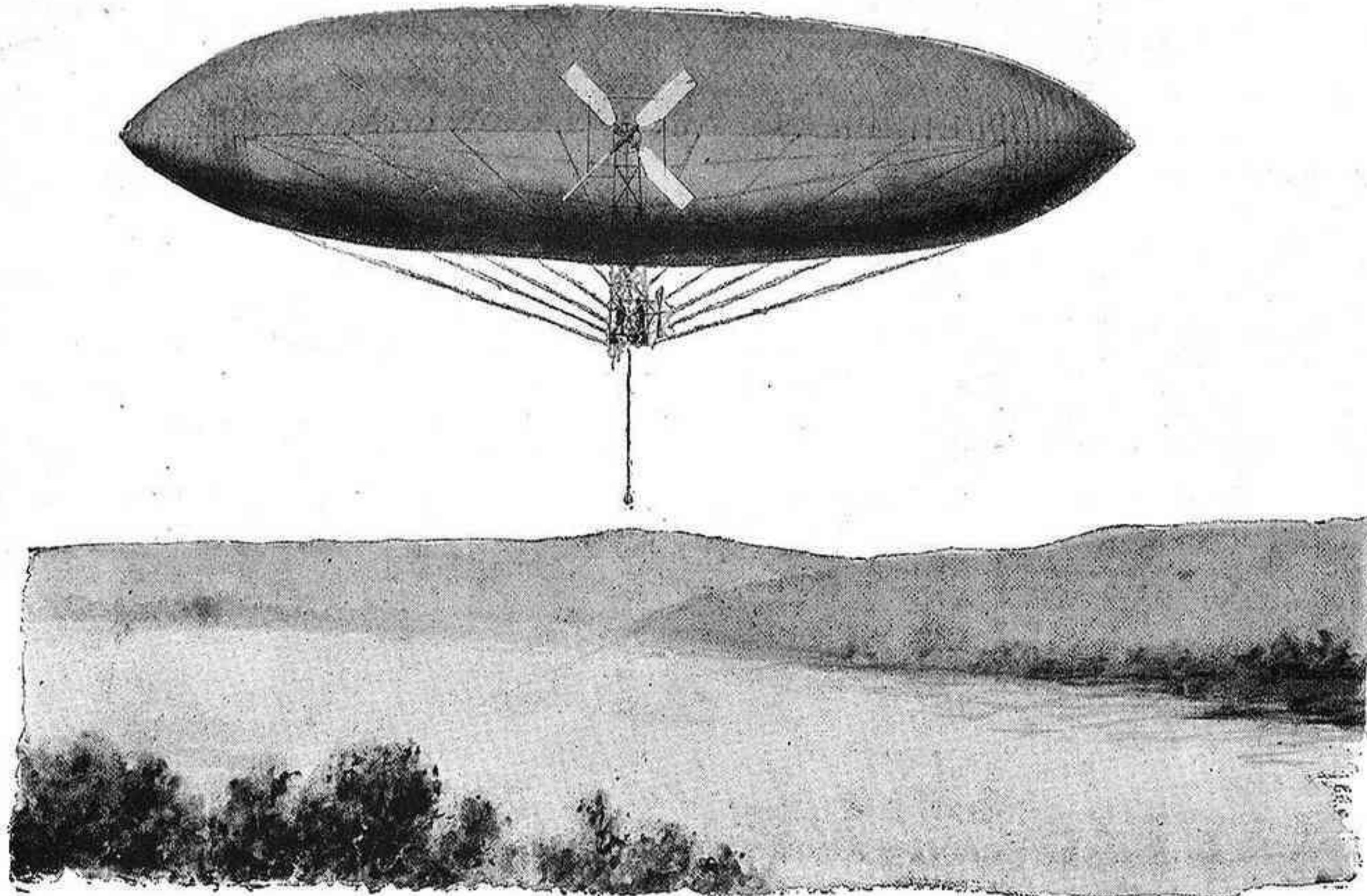
ACCIÓN TERAPÉUTICA DE LA LUZ AZUL

Una revista clínica de Viena anuncia los notables resultados obtenidos por el Dr. Kaiser en el tratamiento de la tuberculosis humana por medio de la luz azul. Ha observado que los rayos emanados de una lámpara eléctrica de arco y concentrados por un objetivo al que se ha sometido á un baño, que le comunica un color azul, destruye el bacilo de la tuberculosis en unos 30 minutos. La aplicación de este tratamiento á los enfermos es posible, pues se ha reconocido que estos rayos azules atravie-

san los tejidos humanos: en efecto, se han obtenido pruebas fotográficas de un clisé negativo iluminado por estos rayos al través de un cuerpo humano interpuesto.

Los resultados conseguidos en el tratamiento de dos tuberculosos llegados á un período avanzado de consunción, han revelado una notable mejoría en su estado y sancionado por completo las observaciones de laboratorio antes citadas.

Estas observaciones han permitido además comprobar las propiedades anestésicas de los mismos rayos azules, propiedades muy marcadas y utilizables, á condición de que no se les emplee mezclados con ningún rayo rojo, sino bien aislados previamente.



Proyecto de aerostato dirigible de D. Miguel Escuder (hijo)

Su historia es muy interesante. Por espacio de muchos años fué la única en su género entre las conocidas. Su color es de azul zafir oscuro, de un brillo el más centelleante y de mayor pureza. Esta preciosidad está montada actualmente en un broche. Originariamente pesaba 112 quilates. Fué comprado en las Indias el año 1642 por Tavernier, conocido viajero, más tarde barón de Aubonne, el cual lo vendió á Luis XIV; fué una de las joyas de la corona de Francia hasta 1792, en cuya época, cogiéndolo los revolucionarios, fué depositado en el Guardamueble. Algún tiempo después lo robaron, sin que fuera posible hallar indicio alguno de él. Sin embargo, en 1830, la piedra, que había sido tallada de

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

LA HARINA MALTEADA VIAL
AUTODIGESTIVA
es la única que se digiere por si sola

Recomendada para los **NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE**, durante la dentición y el crecimiento, como el alimento más agradable y fortificante. Se prescribe también á los estómagos delicados y á todas las personas que digieren difícilmente.

PARIS, 8, Rue Vivienne.
Y EN TODAS LAS FARMACIAS

CÉSAR Y MINKA CASA DEDICADA A LA-CRIA Y VENTA DE PERROS DE RAZA ZAHNA (Prusia)

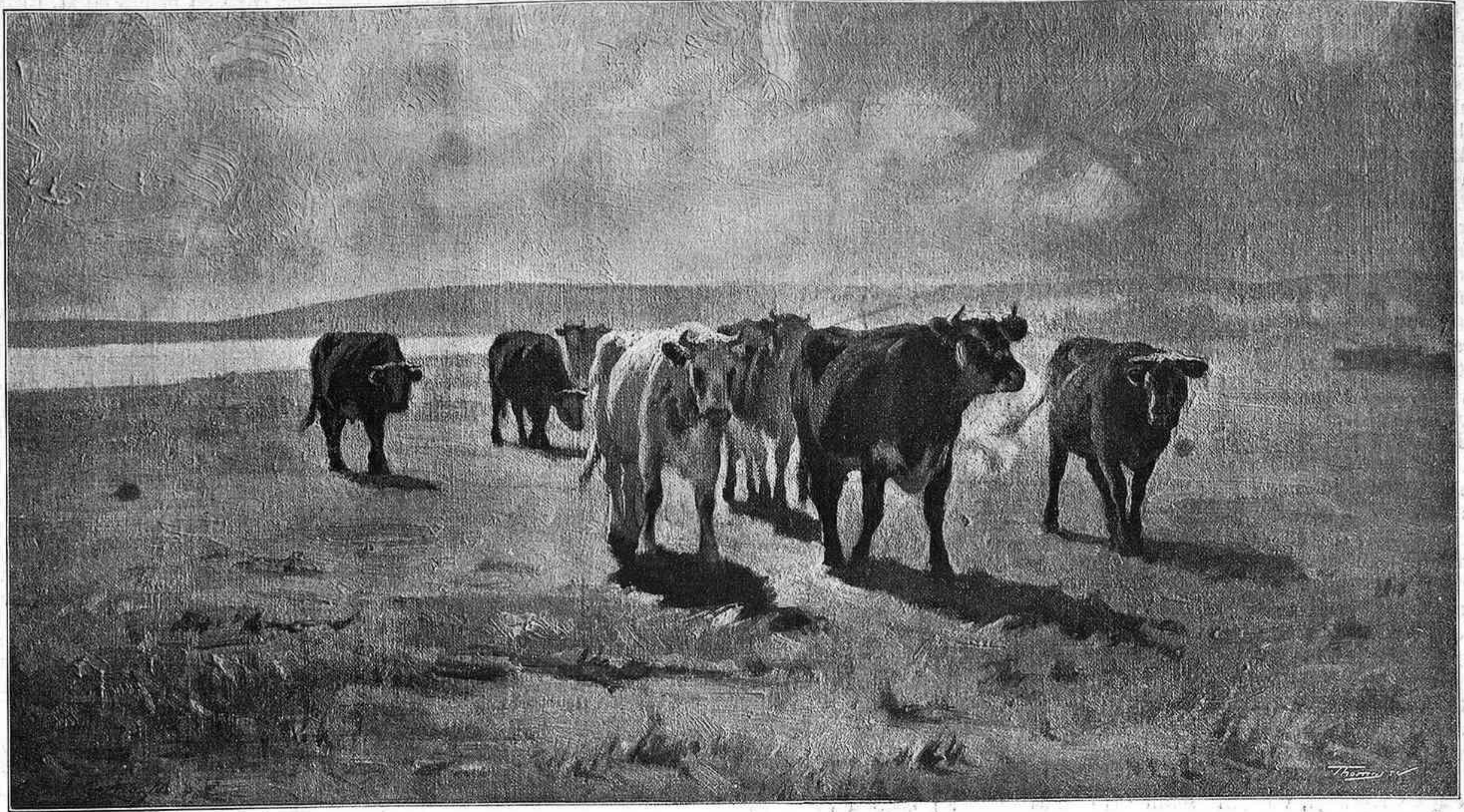
Proveedores de S. M. el emperador de Alemania, S. M. el emperador de Rusia, del gran sultán de Turquía y de muchas cortes imperiales, reales y principados, etc., premiada con medallas de oro y plata de Estados y Círculos, recomiendan:

LEGÍTIMOS PERROS DE RAZA

de todas clases (perros de lana, guardianes, de lujo, perros caseros, de caza y falderos), desde el gran dogo de Ulm y de montaña hasta el pequeño perro de salón.

Gran catálogo ilustrado con nota de precios franco y gratis.
Grande y permanente exposición propia en la estación de ferrocarril en Zahna.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



Al abrevadero, cuadro de Rafael Correa

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B^{II} BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOÛZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DEL ABARRE DEL DR. DELABARRE

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Espediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS JORET-HONOLLE
 CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ie} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

PILDORAS DEFRESNE
 A LA PANCREATINA
 Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
 Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos.
 La PANCREATINA DEFRESNE proviene de las afecciones del estómago y facilita siempre la digestion.
 POLVO - ELIXIR
 En todas las buenas Farmacias de España.

PÍLDORAS MOUSSETTE
 Neuralgias, Jaqueca, Ciática.
 CLIN y COMAR - PARIS
 En todas las Farmacias.
 650

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 à 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
 Se envian prospectos à quien los solicite dirigiéndose à los S^{res}. Montaner y Simón, editores

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente à los S^{ñrs} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO : 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exigase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*; los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida à la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN